ERIN HUNTER

LOS GATOS GUERREROS

LAS RAÍCES DE ÁRBOL

TRADUCIDO POR

EL CLAN NOCTURNO

DEDICATORIA

Gracias especiales a Clarissa Hutton.

Libro original: “Warriors: A Warrior’s Spirit: Tree’s Roots” *por* ***Erin Hunter***.

Arte del libro: ***Owen Richardson***.

Traducción: ***Clan Nocturno***.

¡Para más traducciones, libros, concursos y fanarts, únete a nuestro grupo de Facebook!

Los Gatos Guerreros 🐾 **[Fans]** 💕

https://www.facebook.com/groups/1384429135129351/

Última Actualización: 14/7/23

¡No te pierdas el resto de nuestras traducciones!

Novelas:

El Viaje de Estrella de Nube.
La Venganza de Arce Sombrío.
La Decisión de Estrella de Pino.
La Maldición de Pluma de Ganso.
La Deuda de Cola Roja.
El Juicio de Patas Negras.
El Secreto de Ala de Mariposa.
La Despedida de Cuervo.
El Silencio de Ala de Tórtola.

Súper Ediciones:

La Profecía de Estrella Azul.
La Sombra de Corazón de Tigre.
La Esperanza de Esquiruela.

Novelas Gráficas:

Exiliados del Clan de la Sombra.
Una Sombra en el Clan del Río.
El Camino de Cuervo.
Vientos de Cambio.

Quinta Saga Principal "Una Visión de Sombras":

1. La Búsqueda del Aprendiz.
2. Trueno y Sombra.
3. Cielo Destrozado.
4. La Noche más Oscura.
5. Río de Fuego.
6. La Tormenta Furiosa.

Sexta Saga Principal "El Código Roto":

1. Estrellas Perdidas.
2. El Deshielo Silencioso.
3. Velo de Sombras.
4. Oscuridad Interna.

CONTENIDO

DEDICATORIA…….. 2
FILIACIONES……. 5
CAPÍTULO 1……... 6
CAPÍTULO 2……... 14
CAPÍTULO 3……... 23
CAPÍTULO 4……... 31
CAPÍTULO 5……... 36
CAPÍTULO 6……... 41
CAPÍTULO 7……... 46
CAPÍTULO 8……... 53
CAPÍTULO 9……... 60
CAPÍTULO 10……. 66

FILIACIONES

LAS HERMANAS

LÍDER

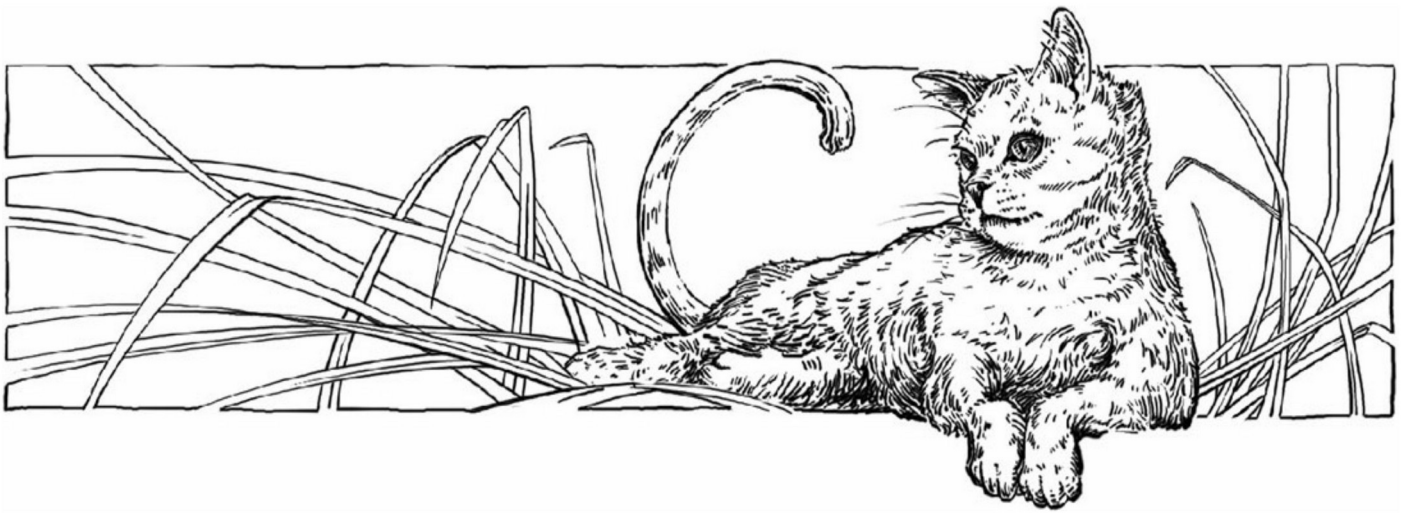
LUZ DE LUNA — gran gata de largo pelaje gris.

HERMANAS

NIEVE — enorme gata blanca de ojos azules.
TOJO — gata grande y rojiza.
HALCÓN — enorme gata marrón rojiza de ojos dorados.
PÉTALO — madre de Torrente.
GORRIÓN — joven gata rojiza y blanca.
TEMPESTAD — gran gata atigrada.
HELADA — gatita de ojos verdes.
AMANECER — cachorra grande y amarilla.
BRUMA — gatita gris claro.

MACHOS

TIERRA — gato amarillo.
CARACOL — gato gris.
CASTAÑO — gato de pelo oscuro.
TORRENTE — gato atigrado de ojos azules.



Capítulo 1

Tierra cerró bien los ojos e intentó volverse uno con el pasto. Respirando lentamente, trató de centrarse en sí mismo justo como su madre, Luz de Luna, le había dicho, para poder sentir con claridad el mundo que lo rodeaba. «*Esto no debería ser tan difícil*», pensó.

Le empezó a picar la oreja. Tierra se la rascó impacientemente con su pata trasera de seis dedos. Su estómago gruñó, y apartó los pensamientos de cuánto tiempo había pasado desde el amanecer, cuando había comido por última vez. «*Concéntrate*», se dijo severamente a sí mismo, mientras recordaba las instrucciones de Luz de Luna. «Sé uno con el pasto, con la tierra bajo tus patas». ¿Podría sentir lo que se sentía tener diminutas raíces que se extendían a través del suelo? Se concentró. «*¿Puedo escuchar al pasto hablándome?*».

«*No, no puedo*». Todavía le picaba la oreja, y ahora le picaba la nariz también. Tierra estornudó y abrió los ojos. A su lado, su amigo Torrente se movía inquieto, con los ojos entrecerrados.

—No me puedo concentrar —se quejó Tierra—. Tengo hambre.

Torrente movió su cola atigrada, abriendo bien los ojos para mirar a Tierra.

—Yo tampoco me puedo concentrar —confesó, y entonces añadió—: Probablemente es porque tu pelaje es de un amarillo tan brillante como el sol… ¡No puedo ver! —Entrecerró exageradamente los ojos ante Tierra, hasta que, con un ronroneo de risa, el gato amarillo le saltó a la espalda, derribándolo.

Los dos cachorros rodaron en el pasto, apuntándose golpes juguetones el uno al otro. Finalmente, Torrente empujó a Tierra sobre su espalda y este lo pateó con sus patas traseras, apartando al gatito atigrado y dando por terminada la pelea de juego.

—Eres bastante fuerte para tu tamaño —observó Torrente, poniéndose de pie y sacudiéndose la tierra del pelaje.

Tierra le frunció el ceño.

—No soy *pequeño* —maulló—. Solamente soy… más pequeño que la mayoría de las Hermanas.

Estaba incómodamente consciente de que, a pesar de que tenía cuatro lunas de edad, justo como Torrente, era mucho más pequeño que el atigrado de piernas largas y que sus propias hermanas. «*Mi padre, quienquiera que fuese, debía ser pequeño*», pensó Tierra. Bajó la mirada hacia sus propias patas de pelaje brillante. «*Y amarillo*».

—Tienes razón —Torrente maulló a modo de disculpa—. Eres mucho más grande que aquellos gatos de guarida que vimos en el Poblado de los Dos Zarpas hace una luna, y dijeron que ya tenían seis lunas.

—Supongo —dijo Tierra.

Suavizó su pelaje con su lengua y se sentó junto a Torrente, mirando hacia el valle que tenían por debajo. Estaba soleado y cálido, y aquí y allá entre el pasto crecían dientes de león y ranúnculos. Podía oler presas, y el aroma familiar de las Hermanas. Cuesta abajo, cerca del bajo y grueso arbusto en el que estaba la maternidad, vio a su madre, Luz de Luna, hablando seriamente con dos de las otras Hermanas. Una de ellas, Pétalo, la madre de Torrente, asintió obedientemente en respuesta a algo que Luz de Luna había dicho, y luego se alejó.

Tierra suspiró. Deseaba que Luz de Luna se tomara más tiempo para enseñarle a él y a Torrente a como se suponía que debían usar la meditación para hablar con el pasto y la tierra debajo de ellos. Quizá si les hubiese dicho exactamente como sonaban aquellas cosas, sabría como oírlas. Pero ella siempre estaba muy ocupada. «*Es una gran responsabilidad liderar a las Hermanas*», se dijo a sí mismo.

Una suave brisa le alborotó el pelaje, y respiró profundamente, oliendo los cedros y pinos de los bosques más allá del valle, y el suave aroma del río cercano.

—Me gusta aquí —le dijo a Torrente—. Es mejor que aquel jardín en el Poblado de los Dos Zarpas.

Tanto él como Torrente habían nacido y vivido sus dos primeras lunas en un jardín de Dos Zarpas cubierto de maleza junto a un viejo granero de

piedra en ruinas. Había habido mucho refugio allí, pero el rosal que protegía la maternidad le pinchaba las patas. Y las gatas no paraban de regañar a los cachorros y de decirles que se quedaran quietos para evitar atraer la atención de los Dos Zarpas. Aquel valle rodeado de colinas llenas de pasto era mejor.

—A mí también me gusta —Torrente le dijo—. Aunque no tiene sentido encariñarse. En dos lunas, comenzaremos nuestro viaje. Y las Hermanas también se irán.

Tierra sintió un pequeño escalofrío, la brisa de repente se sintió más fría. Los gatos machos nacidos de las Hermanas solo se quedaban con sus madres y hermanas las primeras seis lunas de sus vidas. Se suponía que los gatos recorrieran el mundo y encontraran sus propios caminos mientras las gatas se quedaban juntas. Las cosas simplemente eran así. Dos de los otros machos jóvenes serían enviados a su viaje aquella noche. Tierra no podía dejar de pensar en que algún día él sería el que dejara todo lo que conocía atrás.

El mundo parecía un gran lugar para recorrer. Tierra sabía que iba más allá del jardín en el que había nacido, por Senderos Atronadores y ríos, más lejos de lo que cualquier gato podía ver, incluso desde la cima de la colina más alta.

—Quizá podríamos volver aquí —le sugirió a Torrente—. Después de que las Hermanas se vayan. Podríamos vivir aquí. —Miró a su alrededor otra vez, al cielo azul y a los abiertos pastos y flores—. Este sería un buen hogar.

Los azules ojos de Torrente se abrieron de par en par.

—¡Tierra! —aulló—. Eso es lo *opuesto* de recorrer. ¡Eso no es lo que hacen los gatos!

—Supongo. —Tierra acercó su cola a su cuerpo—. Pero es un buen territorio. Y si, cuando viajemos, ¿terminamos en un lugar peor? Me gusta aquí.

—Eso es porque no hemos estado en muchos otros lugares —le dijo Torrente—. Solo espera. Cuando estemos por nuestra propia cuenta, vamos a viajar por todos lados. Será divertido.

—Probablemente tengas razón —Tierra coincidió, sintiéndose un poco más feliz. Al menos no iba a estar solo en su viaje. Torrente estaría con él. Quizá sí sería divertido, mientras estuviesen juntos—. Intentemos meditar otra vez —sugirió—. Luz de Luna quiere que seamos capaces de hablar con la tierra.

—Está bien —coincidió Torrente, sentándose más cómodamente sobre sus ancas—. Aunque no estoy seguro de lo que significa eso.

—Yo tampoco —Tierra dijo—. Quizá si nos concentramos mucho, ¿simplemente pasará?

—Intentemos. —Torrente respiró profundamente y cerró los ojos.

Tierra cerró los suyos propios y se recordó a sí mismo lo que Luz de Luna les había dicho. «Concéntrense. Sean uno con la tierra y el pasto, con las rocas y los árboles». Los gatos eran los guardianes de la tierra, mientras que las gatas hablaban a los cielos. Era muy importante que lo hiciera bien. Tierra hundió las garras en el suelo por debajo de él y se esforzó por oír, sus orejas temblaron cuando las aguzó. Nada. «*Concéntrate*».

«*Espera*». Aguzó las orejas, mientras la emoción lo recorría desde las orejas hasta la cola. ¿Aquello que oía era una voz? Distante, pero allí estaba. ¿Estaba escuchando la voz del pasto creciente? Se esforzó, le dolían las orejas por el deseo de simplemente *escuchar*…

—…una ardilla rayada, pero era del tamaño de…

Tierra suspiró, desplomándose por la decepción. Era la voz de su hermana, Helada. Sin abrir los ojos, supo que la brisa le había llevado débilmente su voz desde el valle que tenían debajo. No había escuchado al pasto después de todo. «*Esto es absurdo*», pensó, y abrió los ojos otra vez.

Se giró hacia Torrente para maullarle su enojo, pero se detuvo con la boca medio abierta. Su amigo estaba sentado perfectamente quieto, con la cara tranquila pero con la boca en movimiento. Murmuraba suavemente para sí mismo, un bajo ronroneo de palabras que Tierra no alcanzaba a reconocer. Se detenía de vez en cuando como si escuchara una respuesta. «*No* —pensó Tierra, asombrado—. *No está murmurando para sí mismo. Está murmurando al pasto y al suelo. Está hablando con la* tierra*, justo como se supone que hagamos*».

Tierra cerró los ojos una vez más, tenso y determinado. Aguzó las orejas, pero, más allá del susurro del viento en los árboles y los maullidos de las Hermanas en la distancia, no podía oír nada. «*¿Qué hay de malo conmigo, como para que él pueda pero yo no?*».

Abrió los ojos y esperó, moviendo inquietamente la cola, hasta que Torrente finalmente lo miró, con los ojos grandes y pacíficos.

—Ya estoy listo —le dijo el otro cachorro.

Regresando al campamento, Tierra miró a Torrente por el rabillo del ojo. El otro cachorro no se *veía* diferente. Quería desesperadamente preguntarle qué había pasado. ¿Realmente había hablado con el pasto? «*¿Cómo? ¿Cómo se* sintió*? ¿Qué dijo el pasto?*».

Tierra vaciló. No quería sonar estúpido. Torrente había logrado meditar correctamente, había hablado con el suelo y las plantas debajo de sus patas… y Tierra no. Aunque realmente lo había intentado, lo había hecho mal. ¿Quería decirle eso a Torrente? «*Pensará que hay algo malo conmigo. Pero es mi mejor amigo…*».

Tierra todavía estaba preocupándose sobre si decirle a Torrente la verdad cuando llegaron al campamento. Las Hermanas estaban ocupadas pero tranquilas: Tempestad y Tojo acababan de volver de una patrulla de caza, de sus bocas colgaban gordos campañoles mientras se dirigían al hueco de presas. Pétalo y Halcón estaban compartiendo lenguas a la luz del sol mientras Nieve, Luz de Luna y Bruma hablaban tranquilamente cerca del arbusto que era la guarida de Luz de Luna.

—¡Tierra! ¡Torrente! —Su hermana Amanecer salió disparada de la maternidad y corrió hacia él, con Helada justo detrás—. ¿Lo hicieron? —jadeó cuando se detuvo de golpe frente a ellos—. ¿Hablaron con la tierra? ¿Cómo sonaba?

—Um. —Árbol se dio un rápido y avergonzado lametón en el pelaje de su pecho—. Estuvo bien.

—Ajá. —Los verdes ojos de Helada se entrecerraron mientras se paseaba por detrás de Amanecer—. No escuchaste nada, ¿verdad?

—¡Bueno, es difícil! —Tierra dijo a la defensiva.

—Sí que es difícil —coincidió Torrente—. Deberías intentarlo tú misma antes de molestar a Tierra.

Amanecer movió la cola.

—Las Hermanas no hablan con la tierra —dijo—. Nosotras cantamos a las estrellas.

Helada se sentó y colocó sus patas por debajo de sí misma.

—Es muy importante que lo hagas bien, Tierra —dijo ella, burlándose en serio—. ¿Hiciste algo para ofender a la tierra? ¿Es por eso que no te habla? —Bajó la voz y miró a su alrededor—. Acaso… ¿hiciste tus necesidades en donde no debías, quizá?

—¡Será mejor que vuelvas a poner a la tierra de tu lado antes de tu viaje! —añadió Amanecer, uniéndose a la burla—. ¿Y si te quedas dormido en un charco de barro y simplemente te traga?

—Oh, ja, ja —Tierra respondió con tanta dignidad como pudo reunir, mientras las dos gatas ronroneaban de risa. No iba a dejar que sus hermanas lo molestaran.

«*Estaré bien* —se dijo a sí mismo—. *La tierra no está enojada conmigo.* ¿Verdad?». Se sacudió el manto, sintiendo como si estuviera sacudiéndose sus preocupaciones.

—Tengo hambre.

El hueco de presas estaba lleno. Se le hizo agua la boca cuando captó el olor de un conejo, y comenzó a atravesar el campamento hacia allí.

—Espera —maulló Amanecer, por una vez en serio, y le bloqueó el camino—. Castaño y Caracol tienen la primera elección hoy.

«*Es verdad*». El apetito de Tierra desapareció, y su estómago cayó. Castaño y Caracol comenzarían su viaje aquella noche. Apenas eran un par de lunas mayor que él, y ya iban a abandonar a las Hermanas y encontrar su propio camino. «*Pronto será mi turno. ¿Estaré listo para entonces?*».

Las estrellas colgaban bajo en el cielo, las Garras Estelares apuntaban hacia la puesta del sol. Las estrellas guiarían a los jóvenes gatos en su primer viaje. Las sombras se volvieron más profundas, y la luna llena se elevó, fría y pálida. Por fin, Luz de Luna se puso de pie y caminó silenciosamente a través del campamento hacia las colinas. Las otras gatas, las madres y hermanas de las Hermanas, la siguieron. Castaño y Caracol caminaban junto a su madre, Halcón, pero sus colas estaban altas y sus pasos eran ligeros, como si estuviesen emocionados de empezar su viaje. Tierra y Torrente se miraron entre sí, y luego caminaron detrás del resto.

En la cima de la colina, Castaño y Caracol se detuvieron, sus oscuros pelajes se veían sombríos a la luz de la luna. Las Hermanas se reunieron a su alrededor, y Luz de Luna se adelantó para tocar suavemente la oreja de Caracol con su nariz, y luego la de Castaño.

—Les deseo felicidad —les dijo con suavidad, y luego retrocedió para que otra Hermana restregara su hocico con el de ellos.

Una por una, las gatas de las Hermanas se despidieron de Caracol y Castaño.

—No los olvidaremos —una murmuró.

—Cuídense entre ustedes —maulló otra.

Halcón apretó fuertemente su cara contra la de ellos, y cerró los ojos como si estuviera memorizando los olores de sus hijos.

Por fin, fue el turno de Tierra. Su pecho estaba apretado de ansiedad. Castaño y Caracol siempre habían sido parte de su grupo, tan solo un poco mayores que Torrente y que Tierra y sus hermanas. Habían organizado los

mejores juegos de bola de musgo cuando todos eran más jóvenes y habían dirigido atrevidas y escurridizas invasiones al hueco de presas. ¿Cómo podían estar abandonando a las Hermanas para siempre?

—Buena suerte —Tierra les dijo incómodamente, entrechocando mejillas con Caracol cuando el gato más grande se agachó. Se giró hacia Castaño y le tocó la mejilla a él también—. Quizá nos veamos en nuestros viajes algún día.

—Quizá —dijo Castaño ligeramente. Sus ojos brillaban, y ya estaba mirando más allá de Tierra, colina abajo. El gato amarillo observó como intercambiaba una mirada emocionada con su hermano. Era como si no pudieran esperar para comenzar su viaje.

Tierra se preguntó como se sentía.

Finalmente, con las despedidas dichas, Luz de Luna inclinó la cabeza a los dos gatos.

—Este es el comienzo de su aventura —maulló, con la voz cálida—. Nuestro amor los acompañará en su interminable viaje. Ahora son guardianes de la tierra. Deben escuchar lo que les dice. Sean gatos honorables, y la tierra guiará sus patas.

Caracol y Castaño asintieron seriamente.

—Escucharemos.

Luz de Luna los miró de manera aprobadora.

—Caminen a través de la noche sin mirar atrás —les dijo—. Al amanecer habrán dejado atrás su infancia y se habrán convertido en verdaderos gatos. Que los ancestros que recorren la tierra los encuentren y los guíen.

Castaño inclinó la cabeza otra vez.

—Gracias —respondió, y Caracol repitió lo mismo.

Tierra se estremeció, bajando la cola, y luego miró a su alrededor para ver si alguien lo había notado. Las Hermanas regularmente hablaban con sus ancestros *fantasmas*, y todas creían que aquellos mismos ancestros encontrarían a los gatos en sus viajes. Se suponía que los espíritus los guiaran, para aconsejarlos. Pero Tierra jamás había visto un fantasma, y tampoco quería hacerlo. Sonaba *espeluznante*. ¿Cómo se vería un fantasma? Castaño y Caracol probablemente ya lo sabían. No había duda de que podían ver espíritus y hablar con la tierra. Estaban listos para ello. Tierra observó mientras los dos gatos caminaban colina abajo y desaparecían de su vista. No miraron hacia atrás. Tenían prisa, ansiosos por lo que sea que pasara a continuación.

Un repentino y frío viento atravesó el pelaje de Tierra y le acható las orejas. Se estremeció otra vez y levantó la mirada. Nubes oscuras atravesaban el cielo con velocidad, ocultando a las Garras Estelares. Las ramas de los árboles a lo largo de la colina se agitaban salvajemente.

—Vamos a refugiarnos —exclamó Luz de Luna, haciendo una seña con la cola a las Hermanas para que la siguieran.

Tierra miró en la dirección a la que habían ido Castaño y Caracol. No había ni rastro de ellos ahora. Habían desaparecido en la noche.

Torrente se estremeció junto a él.

—Vamos —maulló.

—Espero que Caracol y Castaño encuentren un lugar seco en el que dormir —le dijo Tierra—. Va a llover.

—Tienen que cuidar de sí mismos ahora —Torrente respondió—. ¡Vamos!

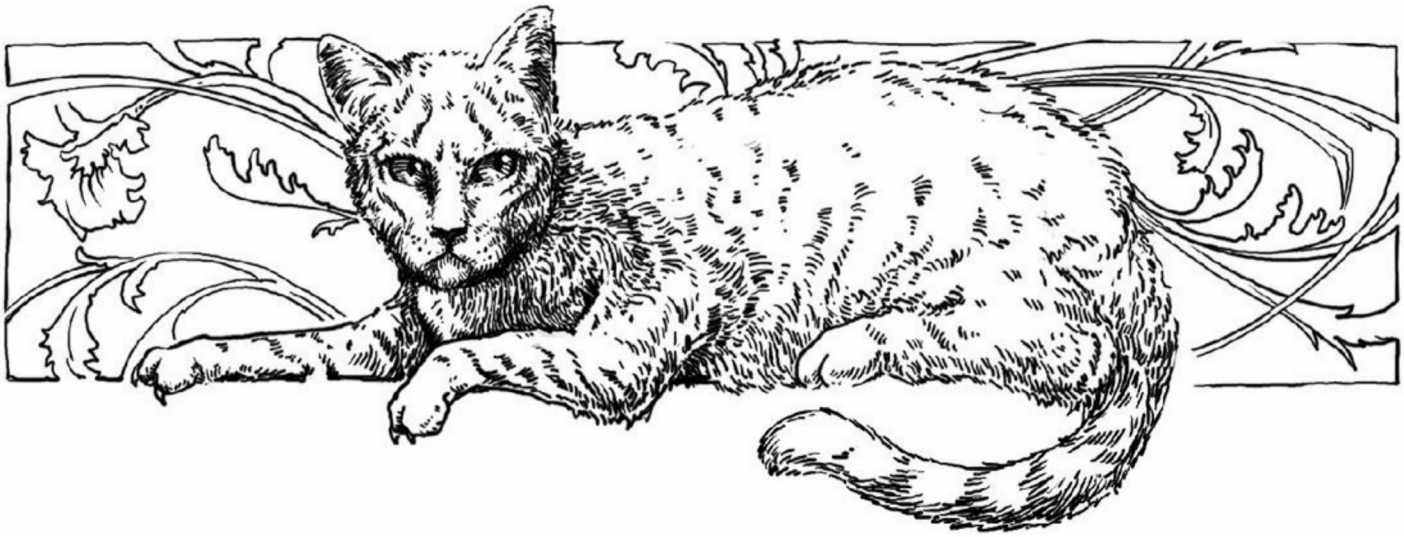
Con una última mirada hacia los gatos mayores, Tierra siguió a Torrente de regreso al campamento y hacia la maternidad, en donde se acurrucó, agradecido por el calor de Torrente por un lado y el de Amanecer por el otro. Dejó que sus ojos se cerraran. «*Castaño y Caracol estarán bien* —pensó—. *Cuidarán el uno del otro*».

Tierra no supo cuánto había dormido, pero se despertó con un sobresalto. La maternidad estaba a oscuras, no había ni un rayito de luz de luna brillando a través de las ramas. A través del espino goteaba fría agua y chorreaba a través de su pelaje. Estaba lloviendo fuerte.

—*¡Mrrrroooooooooow!*

Tierra se sentó de repente, con cada pelaje en el manto temblando. El aullido aterrorizado había venido de afuera, atravesando el ritmo constante de la lluvia.

Había sido su madre.



Capítulo 2

—¡Luz de Luna! —Tierra se puso de pie de un salto. Nunca antes había escuchado a su madre sonar así.

—¿Qué está pasando?

—Todavía no es de mañana.

Los otros cachorros estaban inquietos y maullando quejas, pero Tierra los ignoró y se abrió paso fuera de la maternidad.

—¡Luz de Luna, ¿dónde estás?!

La lluvia caía con tanta fuerza que Tierra la sentía como garras que le atravesaban el pelaje. Un frío viento le tiró agua a los ojos y le azotó las orejas y bigotes. Podía escuchar gatas llamándose entre sí a través del campamento, pero no podía ver a ninguna de ellas.

Torrente salió de la maternidad detrás de él, y su pelaje brevemente rozó el de Tierra.

—Buscaré por aquí —aulló, señalando con la cola hacia la colina por la que habían visto partir a Castaño y Caracol.

—¡Espera! —Tierra le dijo—. Deberíamos…

«Quedarnos juntos», había empezado a decir, pero un relámpago, seguido rápidamente por el rugido de un trueno, ahogó sus palabras. Cuando parpadeó para deshacerse del resplandor del rayo de sus ojos, Torrente se había ido.

—¡A mí! ¡Hermanas, a mí! —Luz de Luna de repente estaba allí, llamando a través de la lluvia. Estaba casi encima de él antes de que lo viera—. Tierra —maulló—, ¿por qué estás fuera de la maternidad? ¿En dónde están los otros cachorros? —Antes de que pudiera responder, ella

pasó junto a él y metió la cabeza en la maternidad—. ¡Helada! ¡Amanecer! ¡Bruma! ¡Vengan conmigo!

Las tres cachorritas salieron tambaleándose de la maternidad y la siguieron, manteniéndose juntas y encorvando los hombros contra la lluvia.

—¿Dónde está Torrente? —Luz de Luna preguntó bruscamente.

—No lo sé —respondió Tierra—. Se fue… —Apuntó con la cola hacia la colina—. Intenté detenerlo.

—Está bien —maulló la gata gris. Cuando otro relámpago iluminó el claro, miró más allá de Tierra, buscando el campamento con una mirada preocupada—. Por aquí. —Pasó la cola por el lomo de los cachorros, guiándolos hacia el otro extremo del claro.

La lluvia golpeaba la cara de Tierra mientras seguía a su madre. Otras voces llamaban a través del campamento, con pánico. Entrecerró los ojos hasta hacerlos rendijas cuando el cielo fue nuevamente iluminado por un relámpago. Junto a él, Amanecer saltó cuando sonó el crujido de un trueno.

Luz de Luna los guió a una gran piedra en el borde del claro.

—Quédense aquí —ordenó firmemente—. Tengo que ayudar a las demás.

—¡Podemos ayudar! —Tierra se ofreció. Las otras gatitas aullaron de acuerdo.

—Pueden ayudar quedándose quietos —replicó Luz de Luna, ya dándose la vuelta—. Tengo que reunir a las Hermanas. —Desapareció en la oscuridad.

La piedra ofrecía un poco de refugio de la lluvia. Tierra se apretó contra ella, mientras el frío de la roca se le metía en la piel húmeda. Su corazón latía tan salvajemente que parecía una frenética ave atrapada en su pecho. Podía oír a Luz de Luna llamando a las Hermanas, organizándolas en posición para sobrevivir a la tormenta. Dio un azote irritado con la cola: ¿*Por qué* era tan pequeño como para servir de algo?

—¡Ayuda! ¡Ayúdenme! —Un tenue aullido les llegó en el viento.

—¡Ese es Torrente! —Tierra salió del refugio de la piedra, con las orejas aguzadas para captar el grito de su amigo.

Amanecer lo siguió hacia la lluvia.

—No creo que Luz de Luna pueda oírlo —maulló preocupada—. Aún está reuniendo a las Hermanas.

—¡Ayuda! —Torrente sonó incluso más frenético esta vez.

Sin detenerse a pensar, Tierra comenzó a correr hacia la voz de su amigo. Se resbaló en el barro y se puso de pie nuevamente para seguir corriendo.

—¡Tierra! ¡Luz de Luna dijo que nos quedemos *aquí*! —Amanecer lloriqueó detrás de él, pero Tierra no se dio la vuelta.

El agua le recorría por ambos lados mientras intentaba orientarse: en la oscuridad y la lluvia, el familiar campamento estaba repentinamente lleno de formas no identificables y era imposible de navegar. Dio algunos pasos tentativos más, con las patas hundiéndose en el barro. Tropezando contra un arbusto —«*La guarida donde estaban durmiendo Tojo y Tempestad, quizá*»—, siseó cuando las espinas le arañaron el manto.

—¡Ayuda! —Torrente aulló otra vez, y Tierra cambió de dirección para dirigirse directo hacia él.

El gatito amarillo ahora se movía cuesta arriba, y eso lo ralentizó. Intentó correr más rápido.

—¡Ahí voy! —aulló, pero el viento se llevó las palabras de modo que apenas pudo oír su propia voz.

Sus patas resbalaron en el barro, haciéndolo deslizarse hacia atrás. El espeso barro le salpicó el pelaje. Se volvió a caer y le costó levantarse, debido al barro que se le pegaba y tiraba de él hacia atrás. «*La tierra me está impidiendo llegar a Torrente* —pensó—. *No pude hablar con ella, y ahora me odia*». ¿Cómo había hecho para hacer enojar tanto a la tierra?

Apretando la mandíbula, Tierra palpó con cuidado el barro que tenía delante. Había rocas bajo la superficie de la colina, y extendió las garras para agarrarse a sus bordes, subiendo lentamente. Volvió a resbalar una y otra vez, con el barro pegado a su pelaje y arrastrándolo hacia abajo. Le dolían las garras, pero gradualmente avanzaba. La subida parecía una pesadilla: barro y oscuridad, músculos doloridos y rocas tirando de sus garras.

Cuando por fin llegó a la cima de la colina, el viento arremetió de nuevo contra Tierra, lanzándole lluvia a la cara. Se encorvó automáticamente, parpadeando, cuando un relámpago deslumbrante, acompañado de un trueno, iluminó la cima de la colina.

Torrente estaba justo delante de él, con el pelaje pegado a los costados y los ojos desorbitados por el pánico. Tenía la boca entreabierta en un aullido.

Todo volvió a oscurecerse y Torrente apretó su costado frío y tembloroso contra el de Tierra.

—No debería haber salido corriendo —jadeó Torrente—. No podía bajar, estaba muy oscuro. No sabía por dónde ir. —Su maullido era tembloroso. Tierra nunca había oído a su amigo sonar tan asustado.

—No pasa nada —Tierra le dijo Él también estaba asustado, pero uno de los dos tenía que ser valiente—. Bajaremos juntos.

Otro relámpago iluminó el campamento en el valle por debajo de ellos. Fangosas corrientes de agua corrían por el claro e inundaban las guaridas. Las Hermanas vadeaban el barro, corriendo para salvarse a sí mismas y a las demás, el claro era más caótico que cualquier cosa que Tierra hubiera visto jamás.

A medida que el mundo se oscurecía, Torrente se apretaba más a Tierra.

—Esto es malo.

—Sí. —Tierra respiró hondo—. Podemos bajar y ayudar. Hay rocas bajo el barro. Si clavamos nuestras garras, podemos bajar sin caernos.

«*Eso espero*».

Él fue primero, tanteando cuidadosamente con una pata, luego con la otra. Resbaló varias colas de distancia antes de poder detenerse, con las piernas y las garras doloridas. Podía oír a Torrente detrás de él, agitándose en el barro. Se giró para gritarle aliento.

—No falta…

El mundo se iluminó de un blanco brillante, con el estruendo simultáneo de un trueno. Su pelaje se erizó y pudo oler el penetrante aroma del relámpago. Luego el mundo volvió a oscurecerse. A Tierra le zumbaban los oídos. Algo cayó junto a él en la oscuridad, deslizándose y rodando. «*Solo fue una roca*», se dijo Tierra, pero se le hizo un nudo en el estómago. Una pequeña parte de él sabía que no había sido una roca. Era…

—¡Torrente! —aulló, e intentó correr.

Perdiendo el equilibrio, se deslizó y resbaló colina abajo, rodando finalmente y aterrizando en el valle, con el pelaje apelmazado por el barro húmedo.

—Torrente —volvió a llamar, pero la lluvia arreciaba y ahogaba su maullido.

Avanzando a trompicones, sus patas chocaron con algo blando y cálido.

—¿Torrente? —preguntó Tierra, inclinándose para olfatear la forma acurrucada.

Era Torrente, pero con algo extraño bajo su olor. Su cuerpo estaba caliente como el fuego. Su suave pelaje apuntaba en todas direcciones. Tierra se puso rígido, con el estómago lleno de miedo. Torrente olía a quemado. Olía a fuego y dolor.

Tierra jadeó y retrocedió un paso, con el barro aplastándole las patas.

Torrente estaba muerto.

Dos días después, aún quedaba evidencia de la destrucción de la tormenta por todas partes. Tierra y las Hermanas restantes estaban acurrucadas entre las raíces de un haya. Tojo tenía arañazos y cortes en todo el cuerpo por haber sido arrastrada por un espino cuando el río inundó su campamento. Tempestad tenía una pierna torcida por haber sacado a Helada de una corriente de barro, evitando que fuera arrastrada. Todas las Hermanas tenían raspones y moretones, y sus miradas eran sombrías.

Torrente no era el único gato que había muerto. Bruma, media luna más joven que ellos, amiga cercana de la hermana de Tierra, Amanecer, se había ahogado justo delante de las Hermanas mientras luchaban por alcanzarla. Tierra pensó que el dolor por los dos cachorros perdidos golpeaba a las Hermanas como otra tormenta, empapándolas de tristeza.

Amanecer estaba acurrucada junto a la madre de Bruma, Nieve, con la cola entrelazada con la de la gata blanca. Parecían consolarse mutuamente. Un poco más allá de ellas, la madre de Torrente, Pétalo, estaba sentada sola, con el rostro sombrío.

Luz de Luna se levantó y rozó con su cola el lomo de Nieve.

—Cantaremos por ella —maulló suavemente—. Nuestras Hermanas nunca están realmente perdidas.

Nieve asintió, sus ojos se cerraron por un momento. Luz de Luna se dirigió hacia el claro, rozando también con su cola la espalda de Pétalo a su paso, pero limitándose a decir:

—Voy a recoger más hierbas para curar heridas. Lo hemos perdido todo.

Pétalo no dijo nada.

Tierra observó a su madre alejarse; luego, con una repentina oleada de enojo, se levantó de un salto y la siguió.

—Madre —exclamó cuando salieron del alcance de las demás gatas.

Luz de Luna se volvió hacia él.

—¿Vas a ayudarme a encontrar hierbas? —le preguntó—. Podemos buscar tanaceto y perifollo más lejos del río.

Tierra flexionó sus doloridas garras con enojo.

—¿Por qué cantaremos por Bruma y no por Torrente? —preguntó enfadado—. Torrente también era un cachorro de las Hermanas.

—Torrente era un macho —respondió Luz de Luna suavemente.

—¿Y qué? —Tierra espetó—. Eso no es justo.

Luz de Luna suspiró.

—No es una cuestión de justicia —le dijo—. Como gato macho, Torrente siempre estuvo destinado a volver a la tierra. No necesitamos cantar por él. Tal vez veamos su espíritu antes de que entre en su propia otra vida; tal vez no. La tierra cuida de los suyos. —Su mirada se volvió severa—. Aunque, cuando volví a la piedra y ya no estabas, me llené de pena. Eres demasiado joven para que acepte que la tierra te lleve. La juventud de Torrente es la causa del dolor de Pétalo. No debes desobedecerme así.

El pelaje se erizó incómodamente a lo largo del manto de Tierra.

—¿Quieres decir que no llorarás por mí si muero cuando sea adulto?

No podía imaginar que su madre no lo quisiera.

La mirada de Luz de Luna se suavizó y se inclinó para rozar su hocico contra el de él.

—Claro que sí —le dijo—. Nunca dejará de importarme lo que te pase. Pero dentro de poco, dejarás a las Hermanas para ir a tu viaje. Puede que nunca volvamos a vernos. Si la tierra te lleva, puede que nunca lo sepa. —Suspiró de nuevo—. Las madres de los gatos machos tienen que consolarse sabiendo que esos gatos serán llevados por la tierra que cuidan durante sus vidas. Hay honor en la muerte de un gato.

Tierra se quedó en silencio, sin saber qué decir. Su madre entrechocó narices con él una vez más, y luego se dio la vuelta.

—Voy a buscar hierbas. Volveré pronto.

Tierra la vio irse, con paso firme y decidido. Sabía que Luz de Luna había tenido otras camadas, hijos mayores que habían salido a recorrer el mundo antes de que él naciera. Pero nunca había pensado en el hecho de que se habían ido y ella nunca los había vuelto a ver. ¿Creer que la muerte de un gato era honorable, que moriría guardando la tierra, era algo que una gata madre *necesitaba*? Se sentó y se rascó la oreja pensativamente. Decidió que era una pregunta demasiado importante para él. ¿Cómo podía saber lo que sentía una madre?

Otro pensamiento le llegó y bajó la pata, con el pecho oprimido. Torrente se había ido, pero Tierra aún tenía cuatro lunas. Dentro de dos lunas, ¿aún sería enviado a su viaje?

«*¿Yo solo?*».

Al ponerse el sol y salir las estrellas, las Hermanas se reunieron de nuevo, esta vez en los restos de su campamento. Mirando a su alrededor, Tierra vio que los arbustos que habían sido la maternidad y las guaridas de las Hermanas habían sido destrozados y aplastados por las corrientes de barro y agua que habían atravesado el campamento. Uno de los arbustos —la guarida de Luz de Luna, pensó— había sido arrancado por completo y arrastrado hasta el borde del bosque. Su cola se inclinó ante la devastación que rodeaba el campamento. «*No nos quedaremos aquí*», pensó. Había sido un buen campamento. Los huesos de Torrente yacerían allí, a salvo gracias a la tierra, pero Tierra y las Hermanas se habrían ido.

Las gatas se reunieron alrededor de Luz de Luna, y Tierra se quedó al margen del grupo. No se había sentido tan *separado* de las Hermanas cuando eran cuatro machos en el grupo. Ahora era raro ser el único.

—Esta noche cantamos a nuestra hermana Bruma, para que llegue al cielo —Luz de Luna comenzó—. Era una buena Hermana, y la perdimos demasiado joven. Debería haber crecido para tener sus propios cachorros y viajar por el camino de las Hermanas durante muchas temporadas del resurgir de las hojas. Le mostraremos el camino a su otra vida. Si quiere hablar antes con alguna de nosotras, será bienvenida. —Miró brevemente a Tierra y añadió—: Y si Torrente, o cualquiera de nuestros antepasados, desea visitarnos, estaremos encantadas de volver a hablar con ellos.

Luego levantó la cabeza y miró al cielo. Luz de Luna cantó primero, una nota aguda y lúgubre, y las Hermanas se unieron a ella, mezclando sus voces con la de ella mientras se elevaban hacia el cielo.

«*Adiós, Bruma*», pensó Tierra. Esperaba que la gatita más joven encontrara la felicidad en la otra vida. ¿Los visitaría primero? ¿Lo haría Torrente? Su pelaje se erizó inquieto. Nunca había visto a un espíritu, ni quería hacerlo. Pero quería ver a *Torrente*, ¿no? Y no podía imaginar que su mejor amigo no quisiera verlo. Miró a su alrededor, con una nerviosa esperanza creciendo en su interior. «*Sí quiero verlo*».

Poco a poco, el canto se fue apagando y las Hermanas esperaron con la mirada fija en las estrellas. Tierra también esperó, mirando a su

alrededor con impaciencia, con los ojos puestos en los árboles más abajo de la colina. «*Vendrá de la tierra, ¿verdad?*».

Amanecer lanzó un chillido de alegría y se puso de pie de un salto.

—¡Bruma! ¿Estás bien? —Hizo una pausa, con la cabeza ladeada como si estuviera escuchando, y luego continuó—: Me alegra. Me asusté mucho cuando el agua te llevó.

Una tras otra, las otras gatas se levantaron, sus rostros acogedores se volvieron hacia gatos que Tierra no podía ver.

—Ha pasado tanto tiempo…

—Hace unas lunas, pasamos por ese Poblado de Dos Zarpas donde te perdimos…

—Hay nuevos cachorros en tu familia desde la última vez que hablamos…

Por último, Pétalo dio un ronroneo cálido.

—Torrente, mi pequeño, ¿estás bien? —Luego escuchó, con los ojos brillantes por primera vez desde que había amanecido sobre el cuerpo roto de Torrente dos días antes.

Tierra miró fijamente, parpadeó con fuerza, volvió a mirar. Esforzó los ojos y los oídos, con la esperanza de ver siquiera la más leve silueta de un gato, de oír el más débil susurro del maullido de Torrente.

No vio nada.

El cielo empezaba a clarear cuando las Hermanas se despidieron de los muertos. Amanecer corrió hacia Luz de Luna y apretó la cara contra el pelaje de su madre.

—Se ha ido —se lamentó.

Tierra observó, sintiéndose frío y vacío, cómo Luz de Luna consolaba a su hermana de camada. Estaba rondando justo fuera del grupo: cuando se había dado cuenta de que era el único gato que no podía ver a los muertos caminando entre ellos, había retrocedido, avergonzado.

Cuando Amanecer se calmó, ella y Helada empezaron a hablar en voz baja, con las cabezas juntas, y Luz de Luna caminó hacia Tierra.

—Así que —maulló ella cuando lo alcanzó—, Torrente estuvo aquí. ¿Cómo te sentiste? —Sus ojos estaban agudos y fijos en él.

«*¿Sabe que no pude verlo?*», se preguntó Tierra. Por un momento, pensó en mentir, pero ¿de qué serviría? Era un gato de las Hermanas, un

macho de las Hermanas, y necesitaría que los espíritus de sus antepasados le ayudaran en su camino.

—No lo vi —dijo con desgana—. No vi a ninguno de ellos.

La preocupación apareció en el rostro de Luz de Luna y luego ronroneó tranquilizadora:

—A algunos gatos les lleva más tiempo que a otros. Seguro que lo conseguirás.

—¿De verdad? ¿No crees que hay algo malo conmigo? —le preguntó Tierra.

—Por supuesto que no. —Luz de Luna bajó la cabeza para lamerle el hombro.

Tierra quería creerle y sentirse reconfortado. Pero recordó a otros dos jóvenes gatos que habían sido enviados lejos antes de ver espíritus.

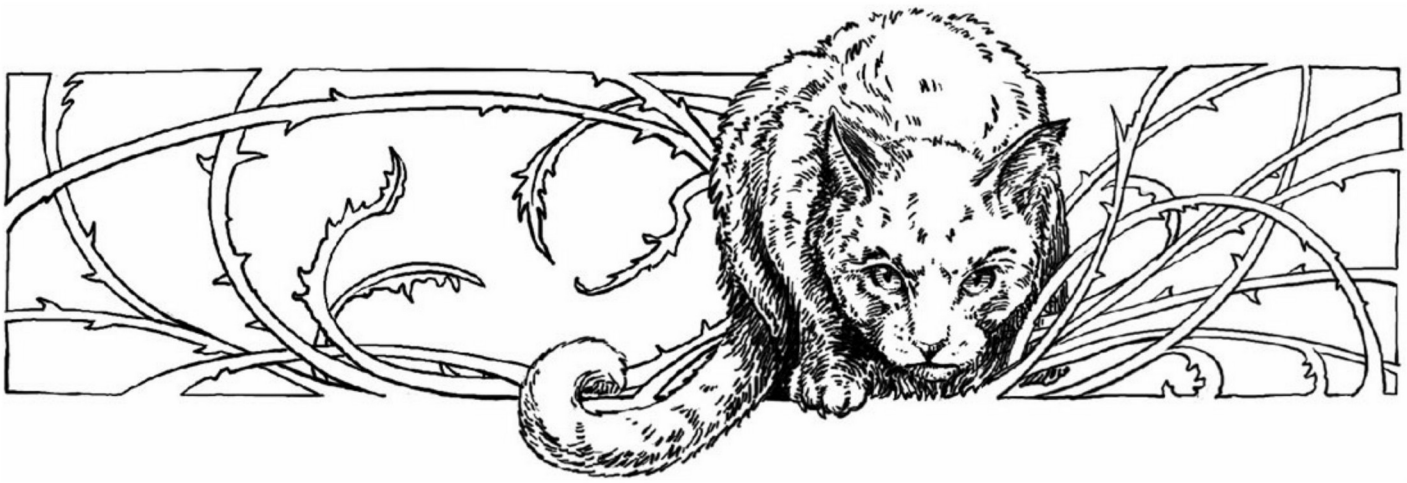
—¿Qué hay de Barro y Araña? ¿Crees que alguna vez vieron espíritus? ¿Nuestros antepasados llegaron a ellos?

Luz de Luna suspiró.

—Tengo que creer que sí —le dijo—. Pero se fueron a recorrer el mundo, así que nunca podremos saberlo con seguridad.

A Tierra se le secó la boca de espanto. «*Nunca voy a ver a mis antepasados*», supo de repente. Si se suponía que los viese algún día, habría visto a Torrente.

Si Torrente hubiera vivido, *él* habría podido hablar con los muertos. Si Tierra y él hubieran seguido su viaje juntos, como habían planeado, Torrente habría escuchado la guía de sus antepasados para ambos. Pero Torrente ya no estaba. Una vez que Tierra dejara las Hermanas, ningún espíritu vendría a él. Una vez que se fuera, estaría solo.



CAPÍTULO 3

Malhumorado, Tierra olfateó las raíces de un pino y arrugó la nariz ante su penetrante aroma. «*Odio este lugar*». Se suponía que estaba practicando cacería, pero no captó ninguna de las musarañas o ratones que Halcón, su maestra del día, le había dicho que buscara. «*Extraño a Torrente*». Aprender a cazar había sido más divertido junto con su amigo.

Estaban en plena temporada de las hojas brillantes, el sol calentaba los lechos de acículas de pino y brillaba en un pequeño estanque cercano. Una parte de Tierra tenía que admitir que aquel, su segundo territorio nuevo en las últimas dos lunas, era un buen lugar para las Hermanas. «*No es como que me importe. No estaré aquí mucho tiempo*». Renunciando a su poco entusiasta esfuerzo por cazar, Tierra apartó una ramita de su camino mientras serpenteaba bajo los árboles.

Desde que habían abandonado el campamento donde Torrente y Bruma habían muerto, a Tierra le había parecido que las Hermanas siempre estaban de viaje. Y él siempre las seguía, solo, siendo el único macho excepto por uno de los cachorros recién nacidos de Tojo, que era demasiado joven para contar. Las Garras Estelares se alinearían para enviarlo a su viaje en pocos días. Las había estado observando, lleno de temor, mientras se acercaban más y más a donde estarían cuando él tuviera que irse. El estómago de Tierra se apretó ansiosamente al pensarlo.

Si Torrente hubiera seguido vivo, se habrían ido juntos. Se habrían cuidado mutuamente, se habrían dado valor. Los ancestros habrían acudido a ellos y guiado los pasos de sus patas. Si Tierra viera a los espíritus de los ancestros por su cuenta, podría correr por su vida como un ratón cazado, pensó con desánimo. ¿Y qué pasaría si los espíritus ancestrales intentaban

hablarle, pero él no podía verlos? ¿Se enojarían? Tierra tragó saliva y apartó otra ramita de su camino.

—¿Llamas a esto cazar?

Tierra saltó ante el agudo maullido de Halcón. Había estado pensando tanto que ni siquiera la había oído acercarse por detrás.

—¡Halcón! —dijo—. Lo siento, estaba… —Le costó encontrarse con la mirada severa de la alta gata marrón rojiza, así que miró al suelo—. Me distraje.

Halcón suspiró.

—Tierra, no has estado prestando atención cuando trato de enseñarte, o cuando Tojo lo hace, o Nieve, o cualquiera de nosotras. Intentamos enseñarte habilidades que necesitas saber.

Tierra sintió que sus hombros se hundían aún más. Sabía que no lo estaba haciendo bien. Nada de lo que las Hermanas le habían enseñado desde la tormenta le había servido. «*Torrente era mejor en todo esto*».

—Lo siento —repitió, con el manto erizado de miseria y vergüenza.

Los ojos dorados de Halcón parecieron ablandarse.

—Sé que lo sientes, Tierra —maulló—. Pero necesitas aprender a mantenerte alerta. En pocos días, comenzarás tu viaje. Tendrás que cuidar de ti mismo.

El pecho de Tierra se agitó de pánico.

—Pero no estoy *listo* —protestó él—. Uno de los cachorros de Tojo también es macho. Tal vez debería esperar hasta que sea lo suficientemente grande como para viajar, y entonces podríamos ir juntos. Nos cuidaremos mutuamente.

La cola de Halcón se movió desdeñosamente.

—No seas tonto —le dijo—. El hijo de Tojo no estará listo para viajar por varias lunas. Apenas ayer abrió los ojos. —Tocándolo con el hombro, añadió—: Ya tienes seis lunas y eres un gato inteligente, Tierra. Estarás bien.

—Supongo. —Tierra movió las patas con inquietud. Tal vez Halcón tenía razón, pero lo dudaba.

—Vamos —maulló Halcón, mirando a su alrededor—. Salgamos al pasto largo. Podemos cazar juntos.

Un poco más allá del bosque de pinos había una larga extensión de terreno abierto donde la hierba ondulaba con la brisa. Tierra olió el aire y su corazón se aligeró un poco.

Halcón también saboreó el aire, con la boca abierta.

—Este claro está lleno de campañoles y ratones. Yo iré por ahí —ella decidió, haciendo un gesto con la cola—, y tú elige un rastro de olor para seguir. Si ves un campañol, intenta llevarlo hacia mí.

Mientras ella desaparecía entre el pasto, Tierra se agachó, con el estómago pegado al suelo. Obedientemente, olfateó a su alrededor. «*Probablemente no atrape nada*». Había un fuerte olor a campañol y lo rastreó, escuchando a ver si podía oír el latido de un pequeño corazón. Había una maraña de pasto muerto y seco cerca de las raíces de las plantas en crecimiento, el lugar perfecto para que se escondiera una presa. Se arrastró hacia adelante, un paso lento tras otro.

Su nariz se agitó. Había otro olor, cada vez más fuerte. «*Gatos* —se dio cuenta—. *Extraños*».

Tierra levantó la cabeza. «*¡Proscritos!*».

Un delgado gato gris se acercaba hacia él. Tierra se tensó, luego captó otro olor. Una gata atigrada marrón estaba agazapada al otro lado de Tierra, con la cola agitándose furiosamente.

—Este es nuestro territorio —gruñó el gato—. Fuera de aquí.

Tierra se quedó helado. ¿Qué se suponía que debía hacer ahora? Luz de Luna siempre decía que los gatos que reclamaban territorio eran tontos: la tierra pertenecía a todos los gatos. Pero Luz de Luna no estaba allí.

—Solo estamos de paso —murmuró, apretando la cola con fuerza alrededor de sus patas.

El gato se acercó, gruñendo.

—No queremos extraños en nuestro territorio.

—Te enseñaremos a mantenerte lejos —añadió la gata, acercándose a su otro lado.

Tierra giró la cabeza para mirarla y un dolor agudo y caliente le atravesó las orejas. El gato lo había arañado. A Tierra le temblaron las piernas. No podía correr, no podía luchar. La gata siseó y le asestó un golpe punzante en el hombro. Tierra gimió de terror.

—¡Hey! —Halcón corrió a través del pasto y saltó sobre la gata, derribándola—. ¡Déjenlo en paz!

Tierra jadeó de alivio. Halcón lo salvaría. La Hermana y la gata atigrada forcejearon en el suelo, rodando una y otra vez. Con un aullido de furia, el gato gris se lanzó a la lucha. Horrorizado, Tierra vio cómo clavaba sus garras en el costado de Halcón mientras la atigrada marrón la pateaba y arañaba desde abajo. Halcón era más grande que cualquiera de ellos, y era una buena luchadora, pero también lo eran aquellos dos gatos, y la superaban en número.

Tierra intentó recordar lo que había aprendido sobre pelear. Desde que Torrente y Bruma habían muerto, las Hermanas habían estado muy ocupadas, pero Tempestad y Nieve le habían enseñado técnicas para luchar contra otro gato. «*¿Salto? ¿O es mejor ir por debajo?*». No recordaba nada. No podía moverse.

De un tirón, la gata marrón salió rodando de debajo de Halcón, y esta cayó pesadamente de costado, aullando de dolor.

Tierra hizo un gran esfuerzo y se liberó de su quietud. Cerrando los ojos, se lanzó hacia adelante. Tenía que ayudarla. Su cabeza chocó contra el costado del proscrito gris, oyó un gruñido y al otro felino caer hacia atrás. Tierra abrió los ojos cuando Halcón se levantó de un salto.

—¡Corre! —gritó ella, y Tierra echó a correr.

Podía oír a Halcón detrás de él, y luego estaba a su lado, ralentizando su larga zancada para que corrieran juntos. Los proscritos gruñían amenazas y advertencias detrás de ellos.

—¡No vuelvan aquí! —aulló el gato.

La atigrada añadió:

—¡Hay más de nosotros! ¡No se acerquen a nuestro territorio!

Cuando llegaron a la vista del campamento actual de las Hermanas, Tierra jadeaba. Halcón aminoró la marcha.

—¿Estás bien? —preguntó

—Estoy bien. —Tierra notó que corría sangre por la pata trasera de Halcón—. ¿Estás herida?

Halcón hizo una mueca y se inclinó para darse un rápido lametón en la pata.

—Esa atigrada tenía las garras afiladas —maulló.

Tierra se encogió.

—Lo siento, debería haber ayudado antes. Me quedé… congelado.

—No te preocupes —le dijo Halcón.

Guiando el camino hacia el campamento, ella se dirigió directamente al hueco donde habían almacenado algunas hierbas curativas. Tierra se sintió culpable al notar que cojeaba.

La siguió.

—¿Puedo ayudarte?

—No, creo que puedo yo sola. —Halcón se sentó y empezó a masticar un poco de perifollo para ponérselo en la herida.

Tierra observaba, sintiéndose inútil.

Luz de Luna se acercó, con mirada preocupada.

—¿Qué pasó? —preguntó.

Halcón, con la boca llena de perifollo, se encogió de hombros, y Luz de Luna se volvió hacia Tierra. El gato amarillo se miró las patas, con todo el cuerpo ardiendo de culpa ahora.

—Estábamos cazando, y dos proscritos nos atacaron —maulló en voz baja—. Me quedé paralizado, no podía luchar, y Halcón tuvo que enfrentarse a ellos sola. Ella me protegió.

Erizándose, Luz de Luna se puso seria.

—Tienes seis lunas; deberías ser capaz de protegerte a ti mismo. Una buena Hermana podría haber muerto cuidando de ti.

—Lo *siento* —Tierra susurró.

Cuando se encontró con los ojos de Luz de Luna, sintió como si estuviera mirando directamente a sus pensamientos.

—Comenzarás tu viaje en unos días —le dijo—. Tendrás que cuidar de ti mismo. *Vas* a cuidar de ti mismo.

«¿En serio *crees que estoy listo?*». Tierra clavó sus garras en el suelo. ¿Cómo podían las Hermanas creer que estaba listo para comenzar su viaje?

Quería sisearle, hacerle ver lo poco listo que estaba. Pero tenía la boca demasiado seca para hablar. En vez de eso, la vio alejarse.

—Ella está trabajando para proteger a todos —Halcón le maulló suavemente, levantando la mirada del perifollo en la herida de su pierna—. No pretende ser cruel.

«*Luz de Luna quiere proteger a todos* —pensó Tierra—. *Yo ni siquiera pude protegerme a mí mismo*». Al menos ya no sería un peligro para las Hermanas, una vez que se hubiera ido.

Cuando el sol se levantó la mañana del día en que Tierra comenzaría su viaje, Helada lloriqueaba en la enfermería. Desde fuera de la guarida, Tierra escuchó el gemido de dolor de su hermana, con el corazón apretado.

—¿Va a estar bien? —le preguntó a Luz de Luna mientras salía de la guarida.

—Eso espero —su madre le dijo, con el rostro tenso por la preocupación—. Creo que solo ha comido una presa en mal estado. Pero si no se siente mejor pronto, podría llevarla a una guarida de Dos Zarpas para ver si podemos hacer que la ayuden.

Tierra movió sus patas nerviosamente.

—¿Dos Zarpas? ¿En serio?

—Algunos de ellos son de corazón blando, y tienen sus usos —Luz de Luna maulló nítidamente—. Nunca olvides que los antepasados de las Hermanas vivieron una vez con los Dos Zarpas. —Sacudió ligeramente su manto, como si se deshiciera de la idea—. Pero espero que no sea necesario. ¿Puedes traer musgo fresco para el lecho de Helada? Lo que realmente necesita es dormir.

—Por supuesto —respondió Tierra.

Sabía dónde crecía el musgo más suave, en las orillas de la pequeña corriente al borde del campamento. Mientras raspaba con cuidado el musgo de las rocas junto a la corriente, eligiendo los trozos más frescos y gruesos, su pelaje hormigueaba de ansiedad. Había intentado no pensar en ello, pero *hoy* era el día. Hoy dejaría a las Hermanas para siempre.

Helada había estado tan enferma últimamente que la preocupación por ella había relegado la idea de marcharse al fondo de la mente de Tierra. Desde que había empezado a tener arcadas miserables en la maternidad, había estado febril y con náuseas, confusa y con los ojos vidriosos y llamando a su madre. Luz de Luna se había quedado a su lado, y las otras Hermanas se habían hecho cargo de las tareas de Luz de Luna, haciendo todo lo que ella solía hacer para que el campamento funcionara sin problemas.

Con Luz de Luna preocupada por Helada, y Halcón descansando su pierna herida, ninguna gata se había hecho cargo del entrenamiento de Tierra. «*No estoy listo*», pensó. Sabía que volvería a congelarse si tenía que luchar. Su caza estaba bien, supuso, si podía concentrarse, pero tampoco se sentía seguro al respecto.

No podía ver espíritus. «*¿Cómo puedo viajar sin espíritus que guíen mis pasos?*».

Seguía intentando meditar, intentando hablar con la tierra como le habían dicho las Hermanas, pero no había conexión. No oía nada. «*¿Cómo puedo proteger la tierra sin una conexión con ella?*».

Recogiendo el musgo para llevárselo a Luz de Luna, Tierra tomó una decisión. Hablaría, calmada y razonablemente, con su madre. Ella vería que no podía irse todavía.

—Gracias, Tierra —maulló Luz de Luna cuando llegó hasta ella—. Eso hará que el lecho de Helada sea agradable y cómodo.

Tierra dejó caer el musgo delante de ella y, mientras se inclinaba para recogerlo, se aclaró la garganta.

—¿Qué pasa? —preguntó Luz de Luna, levantando la mirada.

Tierra tragó con dificultad.

—Creo que no estoy listo para comenzar mi viaje —soltó—. No puedo…

—*Estás* listo —lo interrumpió su madre—. Tienes que estarlo.

—No soy un buen luchador —argumentó el gato amarillo—. No he visto espíritus. —Dudó—. ¿Tal vez no debería irme todavía? Si pudiera quedarme con las Hermanas solo una luna más…

Luz de Luna se sentó, viéndose seria.

—Las cosas no son así —le dijo—. Hemos aprendido que da mala suerte que un gato macho se quede más allá de su sexta luna, malo para las Hermanas y malo para el gato.

—Pero… —Tierra comenzó a objetar.

—Una vez, cuando era joven, a un gato que tenía miedo de dejar a las Hermanas se le permitió quedarse unas lunas más —continuó Luz de Luna, con los ojos brillantes de tristeza—. Nubosa, quien nos guiaba entonces, pensó que no haría daño. Pero aquella temporada gélida fue la más dura a la que las Hermanas se habían enfrentado jamás. Una nieve feroz empapaba nuestro pelaje. La tierra helada rompía nuestras garras. No había presas, y murieron Hermanas. Y para la temporada del resurgir de las hojas, cuando el gato se fue, estaba débil y vulnerable, demasiado acostumbrado a que las Hermanas lo protegieran. Acabó eligiendo ir con los Dos Zarpas para ser su gato de guarida.

Un escalofrío recorrió el lomo de Tierra.

—No quiero que eso me pase a mí —maulló.

Sabía que los gatos a veces elegían vivir en guaridas de los Dos Zarpas, hacía mucho tiempo, todos los ancestros de las Hermanas lo habían hecho, pero a él simplemente le parecía *mal*. No quería que lo tocaran con sus largas zarpas sin pelo.

—No —asintió Luz de Luna con un ronroneo reconfortante. Se inclinó para presionar su mejilla contra la de él—. No te pasará a ti. Eres un gato inteligente e ingenioso. Pero *debes* salir al mundo y convertirte en el gato que estás destinado a ser.

—Supongo —Tierra concedió, mientras Luz de Luna se alejaba de nuevo—. Pero no me gusta la idea de estar solo. Mira lo que pasó cuando Halcón y yo nos encontramos con esos proscritos. ¿Qué pasa si me meto en territorio de otro gato otra vez? ¿Cuando esté solo?

La cola de Luz de Luna se crispó.

—Tienes que darte más crédito —le dijo—. Vas a ser un gato fuerte y capaz, puedo verlo. Te pareces mucho a tu padre, ¿sabes? Y él era un gato bien adaptado al mundo.

Tierra sintió una punzada de interés. Luz de Luna nunca había hablado mucho de su padre. Pero ahora necesitaba hacerle ver cómo se sentía.

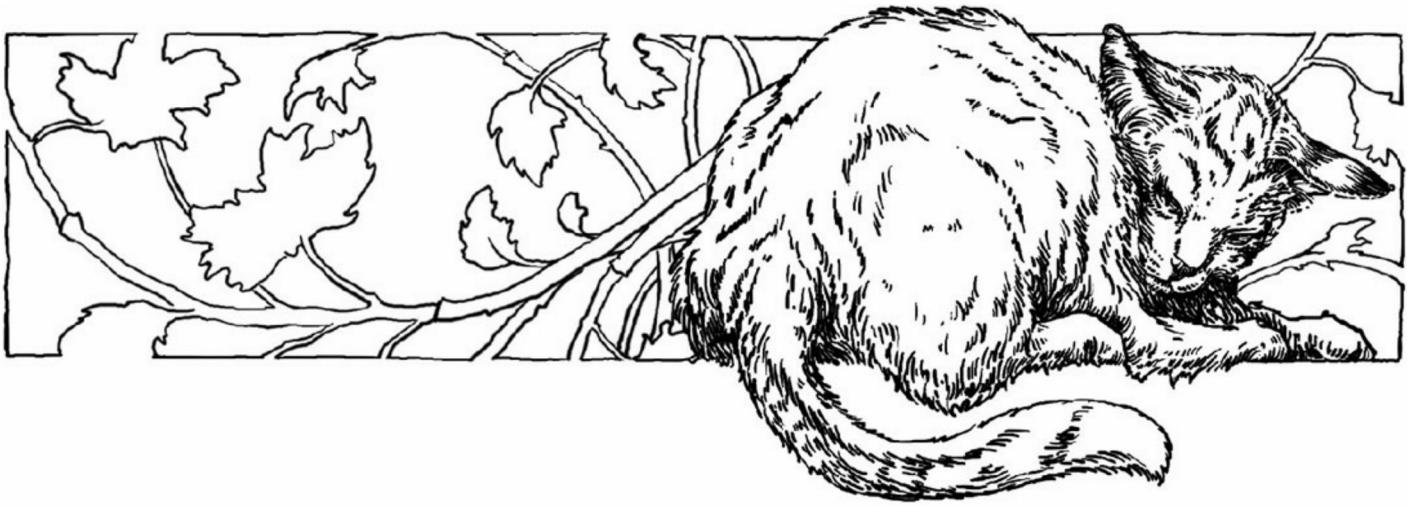
—No siento que vaya a ser ese tipo de gato —admitió.

Un maullido débil y preocupado vino de la enfermería detrás de ellos, y Luz de Luna se puso de pie.

—Tierra, todo va a salir bien. Pero no tengo tiempo para hablar de qué clase de gato *podrías* ser en el futuro. No cuando tengo una gata que cuidar *ahora mismo*.

—De acuerdo —murmuró Tierra.

La observó regresar a la enfermería, con un terrible dolor en el pecho. «*Desearía que me amara tanto como ama a mis hermanas*», pensó con amargura. Luz de Luna parecía demasiado dispuesta a que se marchara. «*Fuerte y capaz*», pensó, mirando sus pequeñas patas amarillas. No importaba lo que Luz de Luna dijera, él no se sentía fuerte y capaz en absoluto.



CAPÍTULO 4

Las Garras Estelares apuntaban hacia el sol poniente. Era hora.

Tierra siguió a Luz de Luna hacia una colina baja al borde del pinar, desde donde podían ver el cielo. Sentía las patas pesadas y rígidas, y un dolor angustioso en el vientre. «*No quiero hacer esto*».

Cuando se detuvieron, las gatas se reunieron alrededor de Tierra, al igual que habían hecho con Castaño y Caracol dos lunas antes. Todas menos Helada, que seguía en la enfermería.

Tierra miró con nostalgia por encima de su hombro hacia el campamento. «*Debería haber dicho adiós*». ¿Iba a volver a ver a su hermana algún día? ¿Y si ella moría de aquella enfermedad y él nunca lo sabía? Temblando al pensarlo, Tierra quiso volver corriendo al campamento, para compartir lenguas con Helada por última vez. Pero ya era demasiado tarde.

Luz de Luna apretó suavemente su nariz contra la mejilla de Tierra.

—Te extrañaré, hijo mío —maulló suavemente—. Te deseo felicidad.

Tierra cerró los ojos y respiró el familiar aroma de su madre. «*No me obligues a irme*». Quería gritarlo, pero ¿quién lo escucharía?

Amanecer le rozó la mejilla con la nariz, y su maullido fue áspero de pena.

—No quiero que te vayas —susurró, y Tierra apretó la cara contra la suya, incapaz de hablar por un momento.

—Dile adiós a Helada de mi parte —le susurró al fin.

Su hermana se apartó y, una a una, cada una de las Hermanas se le acercó, entrechocó narices o mejillas con él y le murmuró unas últimas palabras.

—Estarás bien —murmuró Halcón de forma tranquilizadora—. Sigue los olores y encontrarás muchas presas.

Pétalo le acarició suavemente la oreja con la nariz.

—Creo que Torrente irá contigo —susurró, con voz temblorosa.

El dolor recorrió el pecho de Tierra; no podía responderle. «*Todo sería diferente si Torrente estuviera conmigo*».

Cuando todas se hubieron despedido, Luz de Luna se acercó de nuevo e inclinó la cabeza ante Tierra.

—Este es el comienzo de tu aventura —maulló—. Nuestro amor te acompañará en tu interminable viaje. Sé un gato honorable, y la tierra guiará tus patas. Ahora eres guardián de la tierra. Debes escuchar lo que te dice.

Tierra sabía lo que debía decir, «Lo haré», pero las palabras parecían atascadas. Abrió la boca, pero no pudo maullar. «*¿Cómo puedo escuchar lo que me dice la tierra? ¡No puedo* oírla*!*».

Hubo una larga pausa. Todas lo miraban. Tojo y Nieve se miraron entre sí, preocupadas.

Luz de Luna se acercó para murmurarle al oído:

—Sé fuerte. No te preocupes, si tu valor flaquea, un ancestro te ayudará a ponerte a salvo.

«*A mí no. No me ayudarán*». Tierra tenía la boca seca. Todavía no había visto un espíritu. Y, a pesar de todo lo que Luz de Luna le había dicho, la idea de que un gato muerto lo observara le parecía aterradora.

Finalmente, se aclaró la garganta.

—Estoy listo —graznó, con voz pequeña y seca. Sonó completamente poco convincente a sus propios oídos, pero Luz de Luna ronroneó en señal de aprobación.

—Camina a través de la noche sin mirar atrás —continuó—. Al amanecer habrás dejado atrás tu infancia y te habrás convertido en un verdadero gato. Que los ancestros que recorren la tierra te encuentren y te guíen.

Tierra asintió con la cabeza, se volvió hacia donde las Garras Estelares colgaban en el cielo, y comenzó a caminar. Sus patas se sintieron pesadas al principio, pero hizo un esfuerzo y caminó más rápido, sintiendo los ojos de las Hermanas en su espalda.

Recordando lo emocionados y orgullosos que habían estado Castaño y Caracol cuando se marcharon, levantó la cola, intentando parecer tranquilo. No quería ser recordado como un cobarde. ¿Lo observarían hasta que estuviese fuera de su vista? Deseaba desesperadamente darse la vuelta y mirar hacia atrás, para ver si las Madres y las Hermanas seguían observándole, para ver si les daba pena verle marchar. Se armó de valor y siguió caminando.

Pero estaba muy oscuro. El sol ya se había puesto. La maleza crepitó cerca y Tierra miró a su alrededor, con el manto erizado de aprensión. «*¿Un espíritu?*». No vio nada.

Ya debía de estar fuera de la vista de las Hermanas. Tierra se detuvo un momento. Los grillos cantaban sin cesar en los arbustos que lo rodeaban y oyó el profundo croar de una rana a lo lejos. Una brisa agitó su pelaje. No sintió ninguna amenaza cerca, pero de repente su corazón latía tan fuerte como el de un conejo y se agachó hasta el suelo, como si quisiera esconderse. «*Es solo que nunca había salido a solas de noche* —se tranquilizó—. *No pasa nada*».

El mundo parecía más grande y vacío que nunca, y Tierra estaba solo. Empezó a caminar de nuevo, una pata tras otra. ¿Dónde se suponía que iba a parar para acampar? ¿Cómo iba a saber si era un buen lugar? Los campamentos de las Hermanas siempre los había elegido Luz de Luna. «*Esto es tan estúpido* —pensó—. *¿Por qué los gatos tienen que empezar a viajar de noche? ¿A quién se le ocurrió esa estúpida regla? La noche lo hace todo más difícil*».

Tierra pensó en volverse —las cosas estarían mejor cerca del campamento, ¿no?—, pero recordó lo que Luz de Luna había dicho. «Camina a través de la noche sin mirar atrás». Apretando los dientes, siguió adelante.

Un repentino estruendo lo hizo saltar; y luego una luz brillante resplandeció en sus ojos. «*¡Un relámpago!*». Tierra aulló aterrorizado. Pero la luz pasó de largo y algo enorme y oscuro gruñó mientras se alejaba a toda prisa. «*Un monstruo*». Tierra intentó recuperar el aliento y calmar su palpitante corazón. «*Debo de estar junto a un Sendero Atronador*». Se quedó inmóvil, con las patas hundidas en el barro. Podía haber cualquier cosa ahí fuera, y él no sabía qué debía hacer.

Después de respirar hondo, se decidió y se escondió bajo un arbusto. «*Me quedaré aquí esta noche*». ¿Y qué si todavía estaba cerca del campamento de las Hermanas? Ninguna Hermana podría decir que estaba viajando mal, porque ¿quién de ellas sabía realmente lo que hacía un gato

en su viaje? Puede que no hubiese caminado durante *toda* la noche, pero no había vuelto atrás.

Tierra se hizo un ovillo y cerró los ojos. Extrañaba el calor de sus dos hermanas a su lado. Extrañaba los sonidos de las Hermanas.

—Espíritus ancestrales, si están ahí fuera, cuídenme —susurró—. Lamento no poder verlos, pero espero no estar solo.

Escuchó, aguzando el oído, pero no hubo respuesta.

Cuando amaneció en el bosque, Tierra se estiró y sacudió el manto, frío y rígido por haber dormido solo. Ahora podía ver el Sendero Atronador a través de los árboles, así que le dio la espalda y se adentró en el bosque. «*Supongo que lo primero que debo hacer es cazar*», pensó. Si iba a viajar solo, necesitaba cuidarse. Olfateó cuidadosamente el suelo: un rastro de campañol, un ligero olor a musaraña… y su propio olor de la noche anterior, que le llevaba directamente al campamento de las Hermanas.

Dudó un momento. ¿Realmente tenía que estar solo por *completo*? Seguramente, podría cuidar de sí mismo más cerca de todas los gatas que conocía. La tierra por la que viajaba podía estar cerca de las Hermanas, supuso, con la misma facilidad con la que podía estar lejos de ellas. Decidido, siguió su propio olor, sintiendo sus patas más ligeras. Había caminado más de lo que pensaba la noche anterior; el sol estaba alto en el cielo cuando pudo oír las voces de las Hermanas.

—¡Pétalo, no olvides cubrir el arenero!

—Solo voy a extender los lechos viejos.

«*Se van*», se dio cuenta Tierra. Reconoció lo que estaban haciendo, destruyendo los signos de que habían vivido allí para que ningún depredador las rastreara a un nuevo campamento.

Trepando a un pino cercano, miró a través de sus gruesas acículas hacia el claro que tenía más abajo. Había acertado: las Hermanas se movían de un lado a otro, enterrando los restos del hueco de presas y asegurándose de que no quedara rastro de ellas en las guaridas donde habían dormido.

«*Es como si no hubiesen podido esperar a deshacerse de mí*», pensó Tierra. Sabía que no era cierto, pero sentía el estómago hueco de tristeza. ¿No podían haber esperado unos días para asegurarse de que él estaba bien?

Terminadas sus tareas, las Hermanas se reunieron en torno a Luz de Luna. Con una oleada de alivio, Tierra vio a Helada entre ellas. Parecía delgada y frágil, apoyada en su madre, pero se sostenía sobre sus propias patas. Quiso correr hacia ella, hablarle por última vez, pero podía imaginar la mirada de desaprobación en el rostro de Luz de Luna, y se quedó donde estaba. «*Adiós, Helada* —pensó—. *Espero que te mejores*».

Luz de Luna se inclinó para acariciar suavemente a Helada, luego se enderezó y condujo a las Hermanas fuera del campamento y hacia el bosque, alejándose de Tierra. Las observó hasta que ya no pudo verlas. «*Adiós* —pensó de nuevo—. *Adiós a todas*». Sintió como si algo con garras afiladas le desgarrara el pecho. «*Supongo que ahora estoy realmente solo*».

CAPÍTULO 5

Cuando Tierra regresó a su nueva guarida, con una musaraña colgando de la boca, estaba cayendo la tarde. Su hogar actual estaba a la vista del antiguo campamento de las Hermanas. «*No he dejado atrás mi infancia en absoluto*», pensó, encorvando los hombros con culpa. Había hecho lo contrario de lo que se suponía que hiciera un gato macho. «*Al menos me las arreglo bien como cazador*», pensó, agachándose a la entrada de su guarida. Recordar las lecciones de Halcón había sido más fácil de lo que había imaginado. Cuando cazaba solo, cada sonido que hacían las presas era prácticamente ensordecedor. Mordió la musaraña, tratando de disfrutar del crujido de sus huesos.

Sin compañía, sin embargo, su comida parecía insípida. Y no estaba acostumbrado a comerse una presa entera él solo. Con las Hermanas, siempre había tenido alguien con quien compartirla. Mientras daba otro bocado a regañadientes, miró hacia el campamento, imaginando a Amanecer y Helada jugando a las peleas junto a la maternidad; a Nieve paseándose por los bordes del campamento, atenta por si aparecían depredadores; a Halcón y Pétalo, trayendo presas; a Luz de Luna construyendo un nuevo lecho para su guarida; a Torrente tomando una siesta a la luz del sol…

«*Torrente*». Se le quitó el apetito de golpe. Tierra dejó caer la musaraña en la tierra y la apartó.

El cielo comenzaba a oscurecerse y empezaban a aparecer estrellas pálidas. Una ráfaga de viento hizo crujir las ramas de los pinos sobre la cabeza de Tierra, quien se estremeció. Seguía sin dormir bien. Por la noche se quedaba despierto en su guarida, escuchando tenso cada chasquido de rama o el ulular de un búho que volaba bajo.

No se había encontrado con ningún proscrito y ningún espíritu ancestral había venido a guiarle. A estas alturas, estaba tan cansado de sentirse solo que casi habría dado la bienvenida a cualquiera de ellos. «*Debería ser capaz de ver espíritus*», pensó Tierra, moviéndose sobre sus ancas. Una bola de resentimiento ardía cada vez más en su interior. Si las Hermanas no lo hubieran echado tan pronto, sería capaz de verlos. Y no tendría miedo, no si estuviera listo para ver espíritus, listo para estar solo. ¿Por qué Luz de Luna tenía que apegarse tanto a la tradición? Ella le había hablado de *un* gato que conocía que había tenido mala suerte. ¿Qué prueba era esa? Ella no habría echado a Helada o a Amanecer por algo que había sucedido en el pasado distante. ¿Por qué las reglas tenían que ser diferentes para los gatos machos?

Tierra resopló y miró el bosque que se oscurecía a su alrededor. Todo había cambiado porque Torrente había muerto. Y ahora ni siquiera podía ver el espíritu de su amigo, porque Luz de Luna lo había hecho irse antes de que aprendiera a ver fantasmas.

Hubo otro crujido en las ramas por encima de él, y Tierra se estremeció. «*Si tan solo Torrente estuviera conmigo…*».

Tal vez debería intentarlo de nuevo. Tal vez no había deseado lo suficiente ver el espíritu de Torrente en el campamento, porque estaba demasiado asustado. Pero ahora…

Tierra miró a su alrededor, al bosque vacío.

—Torrente —llamó. ¿Qué había dicho Luz de Luna cuando llamó a los espíritus? Pensó, se aclaró la garganta y volvió a intentarlo—. Torrente, si deseas visitarme, estaré encantado de volver a hablar contigo. —No le pareció suficiente—. Torrente —continuó—, lo siento mucho. No quería que murieras. Fue una tormenta terrible, pero pensé que sobreviviríamos juntos. Pero yo viví y tú moriste. Ojalá no hubiera ocurrido.

El viento volvió a soplar entre las ramas. Una piña, atrapada por la repentina ráfaga, pasó rodando junto a la guarida de Tierra. Le recordó cuando bateaba piñas por todo el campamento con Torrente, Amanecer, Helada y Bruma.

—Te extraño —añadió, con su maullido ronco—. Siento mucho que hayas muerto, y si quieres venir y hacerme compañía, o simplemente saludarme, lo apreciaría mucho.

Tierra esperó, con los ojos muy abiertos y los oídos aguzados en busca de cualquier señal de Torrente. Pero el silencio se extendió por su pequeño sector de bosque. Ya ni siquiera oía soplar el viento. Escuchó, tenso, esperando que algo sucediera en cualquier momento.

Algo se movió en el árbol sobre su cabeza y Tierra miró hacia arriba, con el corazón latiéndole con fuerza. «*Solo una ardilla*». Demasiado arriba para perseguirla, la ardilla corrió por su rama y saltó a otro árbol, más lejos de Tierra. El gato amarillo dejó caer la cabeza sobre sus patas. No podía hacerlo. Nunca se encontraría con un espíritu ancestral, nunca volvería a ver a Torrente. O… ¿Y si el viento que crepitaba entre los pinos o el cono que rodaba junto a su guarida habían sido *enviados* por Torrente? ¿Señales de su amigo de que realmente *no* se había ido? El manto de Tierra se erizó de emoción mientras apartaba sus sentimientos de fracaso. «*Tal vez solo me comunico con los espíritus de forma diferente a como lo hacen las Hermanas*», pensó. Después de todo, ¿quién dijo que los fantasmas se aparecían de la misma manera a todos los gatos?

Volvió a escuchar con más atención y entrecerró los ojos para ver en la oscuridad, con la esperanza de volver a ver la piña.

—Torrente, envíame una señal —susurró.

Pero no ocurrió nada.

Con la esperanza disminuyendo, Tierra suspiró y, agachando la cabeza, se metió en la guarida improvisada que había hecho bajo los helechos. Necesitaba dormir si quería volver a cazar el día siguiente. Tal vez pudiera llegar a Torrente otro día. Si las Hermanas tenían razón, lo haría.

«*Tal vez*».

A la mañana siguiente, Tierra caminó entre la maleza al otro lado del antiguo campamento de las Hermanas, con la boca abierta para saborear el aire. Se oyó un susurro entre los arbustos y percibió el olor de un campañol. Tenso, bajó el vientre, acercándolo al suelo, y empezó a arrastrarse hacia adelante, escuchando el rápido latido del corazón del campañol.

«*Espera*». Captando un nuevo olor, Tierra se enderezó bruscamente, ya sin estar interesado en el campañol. «*Son gatos*». Miró a su alrededor con recelo, pensando en proscritos, antes de darse cuenta de lo familiares que eran los olores y olfatear con más fuerza. «*Amanecer. Tojo. Halcón. Tempestad. Luz de Luna. Helada*». A Tierra le dolió el pecho. Había encontrado los olores que las Hermanas habían dejado al trasladar el campamento. Habían pasado varios días, pero no había llovido en ese tiempo, y su rastro seguía siendo claro. «*Se dirigían hacia la colina*»,

pensó Tierra, con la nariz pegada al suelo. Él lo sabía, por supuesto; las había visto partir. Siguiendo el rastro, el gato amarillo se dirigió cuesta arriba. En la cima, se dio cuenta de que se habían detenido un rato. «*Debían de estar dejando que Helada descansara*», pensó. Sí, había un lugar donde su olor era más fuerte. Probablemente se había echado allí, creyó, olfateando. Pero luego continuaron cuesta abajo, Helada caminaba cerca del centro del grupo. «*Al menos estaba lo bastante fuerte como para seguir*». Siguió adelante, rastreando el olor.

El sol había pasado su punto medio cuando Tierra finalmente admitió a sí mismo: «*Las estoy siguiendo, y voy a encontrarlas*». Sabía que era una idea terrible. Si alcanzaba a las Hermanas, podrían enojarse. Incluso podrían atacarle. «*Me enviaron a viajar. Se supone que los gatos machos no deben estar con las Hermanas una vez que sean adultos*». Pero él no era un adulto, ¿verdad? Luz de Luna había sido tan terca, que no había sido capaz de admitir que él no estaba listo para estar solo. Ahora había intentado vivir solo por un tiempo, y había sido horrible. Tenía miedo todo el tiempo, y frío, y no había sido capaz de alejarse del territorio que le era familiar. Se sentía muy solo. Tal vez si hablaba con Luz de Luna ahora, ella vería la verdad. No podía ver ningún espíritu, así que no tenía ningún gato que lo guiara; necesitaba más entrenamiento. Tal vez podría convencerlas de que lo aceptaran, solo por un tiempo. Seguramente, lo habían extrañado. Eran sus parientes. Y él tenía muchas, muchas ganas de volver a verlas a todas.

Siguió caminando, siguiendo el rastro de las Hermanas.

Hubo gruñidos en la distancia y, cuando Tierra se acercó, también un fuerte olor a monstruo. «*Un Sendero Atronador*». El rastro del olor de las Hermanas conducía directamente hacia él.

Al salir de la maleza hacia el corto pasto que bordeaba el Sendero Atronador, el estómago de Tierra se hundió de consternación. Los monstruos pasaban a toda velocidad como si se persiguieran unos a otros, gruñendo sin cesar, con los ojos vacíos pasándole por encima al tomar una curva. Nunca había visto tantos monstruos a la vez. Su fétido olor era asfixiante, y Tierra se agachó más cerca del suelo, respirando con dificultad, esperando que los monstruos estuvieran demasiado concentrados entre sí como para fijarse en él.

Olfateó el suelo con cuidado. Tal vez Luz de Luna se había dado la vuelta y había alejado a las Hermanas de aquel terrible lugar. Era difícil distinguir el olor de las Hermanas entre la espesura. Pero cuando por fin encontró el rastro, se dirigía directamente hacia el Sendero Atronador. Su

corazón se hundió. «*Puedo hacerlo*». Tierra apretó los dientes y miró a los monstruos. Ya había cruzado Senderos Atronadores antes, unas cuantas veces, con el resto de las Hermanas. Podía hacerlo de nuevo.

Nunca había cruzado uno tan lleno de monstruos. Pero la idea general debía ser la misma. Tierra esperó a que hubiese un espacio entre los monstruos, intentando recordar exactamente qué había hecho Luz de Luna cuando habían cruzado. Por fin, hubo un momento sin monstruos a la vista, aunque aún podía oírlos gruñir, no muy lejos.

—Todo recto, tan rápido como puedan —murmuró Tierra—. No se detengan por nada.

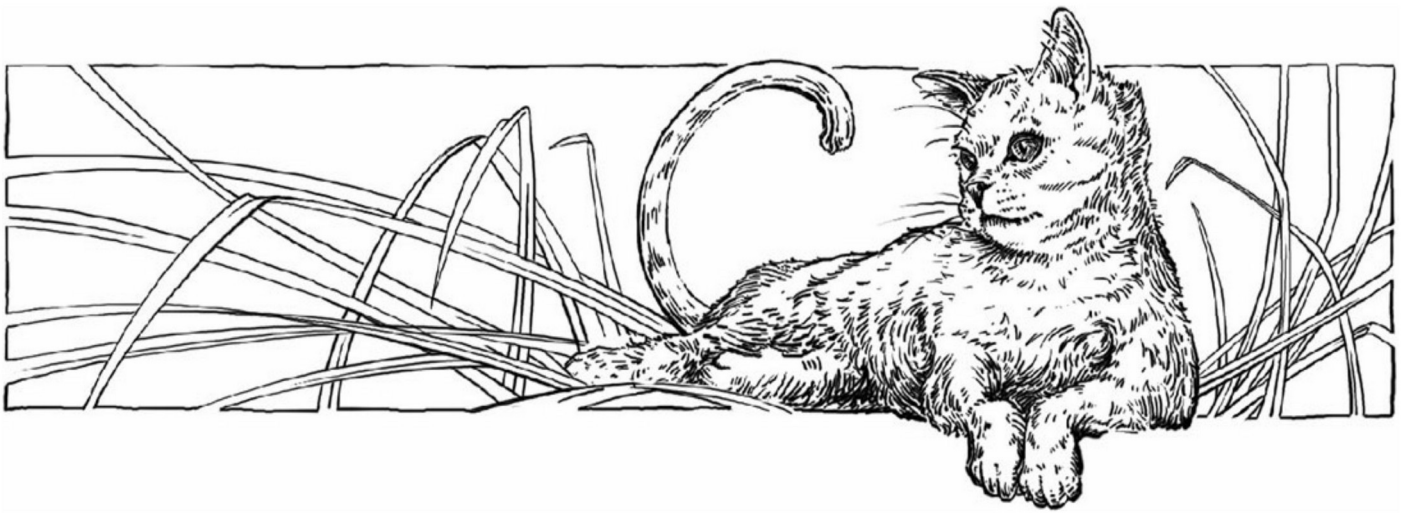
Eso era lo que Luz de Luna les había dicho. Con las orejas gachas y el cuerpo pegado al suelo, Tierra echó a correr. Estaba a medio camino cuando los gruñidos se hicieron cada vez más fuertes, cada vez más cercanos. Levantó la mirada y recuperó el aliento, mientras sus patas patinaban sobre la áspera superficie negra del Sendero Atronador. Un monstruo se le echaba encima.

El monstruo aulló, soltando un ruido fuerte y profundo que se elevaba por encima de su gruñido constante, y Tierra le devolvió el aullido, presa del pánico, y corrió más rápido de lo que nunca se había imaginado. El mundo estaba borroso a su alrededor, y no podía pensar, no podía sentir nada más que el latido de su corazón y el golpeteo de sus patas.

Sus patas chocaron contra el corto pasto, mucho más blando que el Sendero Atronador, y se tambaleó unos pasos antes de desplomarse. El monstruo aulló de nuevo, una vez, y durante un latido Tierra vio la extraña forma sin pelo de un Dos Zarpas en su interior mientras el monstruo pasaba corriendo a su lado. Una ráfaga de aire le erizó el pelaje.

Tierra intentó no pensar en lo cerca que había estado de ser aplastado por las gordas patas negras del monstruo. Se echó en el pasto, exhausto, y jadeó.

Al cabo de un rato, se incorporó lentamente y empezó a buscar el olor de las Hermanas. Finalmente, lo encontró: se dirigía en línea recta lejos del Sendero Atronador. Tierra respiró aliviado. Iba a encontrarlas. Y tal vez, solo tal vez, no lo echarían de nuevo. Esperaba que no. No cuando ya había pasado por tanto.



CAPÍTULO 6

A la mañana siguiente, los olores que Tierra seguía habían cambiado. Las señales de las Hermanas eran más frescas, y al olfatear más allá de un gran roble, Tierra se dio cuenta de que allí los rastros de olor iban en todas direcciones, cruzándose y volviéndose a cruzar. Justo cuando se dio cuenta de ello, salió de los árboles y salió a un páramo abierto. Largo pasto cubría el terreno llano, interrumpido aquí y allá solo por arbustos bajos y matorrales. El olor de las Hermanas era aún más fuerte allí. Ya no seguía el camino de las Hermanas; había encontrado su nuevo campamento.

Instintivamente, las orejas de Tierra se aplanaron y se agachó. «*No quiero que me vean*». Hubiera sido mejor que su campamento estuviera entre los árboles, para poder esconderse entre las ramas y observarlas sin ser visto antes de decidir si acercarse o no. «*¿Y si creen que las estoy atacando? ¿Y si ellas me atacan a* mí*?*». Nunca había oído hablar de un gato que volviera de su viaje.

Deslizando sus garras, Tierra rasgó el suelo con frustración. Había venido hasta aquí, y ahora tenía miedo de enfrentarse a las Hermanas de nuevo. ¿Por qué no lo querían? ¿Solo porque era macho? ¡Eran sus parientes!

Con un azote de la cola, Tierra se apartó del páramo y retrocedió unos pasos bajo los árboles. ¿De qué le servía buscar a su familia si solo iban a echarlo de nuevo, o tal vez incluso ahuyentarlo con garras y dientes? Se iría por su cuenta antes de que tuvieran la oportunidad de decirle que se fuera.

Dio otro paso y se volvió hacia el páramo. «*He llegado demasiado lejos para marcharme ahora*». Podrían decirle que se fuera, pero no podía estar tan cerca y no intentar hablar con ellas. Tal vez no le dejarían quedarse, tal vez se enojarían, pero al menos, durante un rato, no estaría solo.

Con la cabeza alta, Tierra salió al páramo. Conocía el tipo de campamento que Luz de Luna siempre escogía, y estaba seguro de que las Hermanas debían de haber hecho sus guaridas bajo alguno de los pequeños arbustos espinosos que crecían aquí y allá entre la hierba. Al divisar un probable grupo de arbustos, varios de los cuales crecían muy juntos, se dirigió hacia ellos.

—¡Hey! —Un aullido feroz vino de detrás de él, y Tierra se giró.

Helada le miraba con el pelaje erizado a lo largo de la espalda. Cuando vio su cara, su expresión cambió de enojo a sorpresa.

—¿Tierra? —preguntó con los ojos muy abiertos—. ¿Qué haces aquí?

Tierra aspiró su propio aliento. Helada parecía saludable, con el pelaje brillante y los ojos relucientes. Pasara lo que pasara ahora, se alegraba de verla bien.

—Estás bien —ronroneó.

Helada parecía contenta.

—Estaba tan enferma cuando te fuiste que no pude despedirme —le maulló—. ¿Por eso estás aquí? ¿Para volver a verme?

—Algo así. —Tierra se sentó en el pasto con un suspiro—. Quería verte. Quería verlas a todas.

Hubo un tirón de esperanza en su pecho. Era bueno que se hubiera encontrado con Helada, sola, primero. Al menos ella lo escucharía. Incluso podría hablar con Luz de Luna por él.

—¿Qué pasa? —Helada miró a su alrededor como si comprobara que estaban solos, y luego se sentó a su lado. Enroscó la cola sobre sus patas, con el rostro serio—. Sabes que se supone que tienes que estar viajando. Madre me dijo que si te volvíamos a ver, sería por casualidad y probablemente no en mucho, mucho tiempo. ¡Ni siquiera ha pasado una luna!

—No puedo hacerlo. —Las palabras brotaron de Tierra como si las hubiera estado guardando todo el tiempo que llevaba deambulando—. Lo intenté, pero estoy tan solo. Me da miedo estar solo, y nada se siente bien. —Agachó la cabeza.

Los ojos de Helada estaban llenos de simpatía.

—Lo siento mucho, Tierra —le dijo—. ¿Quizá deberías intentar viajar en otra dirección? Podrías encontrarte con otros gatos. Todos deben estar por ahí en alguna parte.

—¿Cómo lo sabes? —Tierra maulló agudamente—. Las Hermanas no saben qué pasa con los gatos cuando se van. Podrían estar todos muertos, o ser gatos de guarida. Y a las Hermanas no les *importa*.

—Sí nos importa —protestó Helada, bajando la mirada al suelo—. Pero así son las cosas.

—No entiendo por qué. —Tierra encorvó los hombros y su voz salió como un susurro—. Quiero volver con las Hermanas. —Todo su cuerpo estaba tenso. Tal vez Helada le ayudaría. Tal vez podría volver.

Pero Helada sacudía la cabeza con tristeza.

—Tierra, conoces las reglas. Ningún gato puede vivir con las Hermanas. Tienes que viajar y proteger la tierra.

—Lo sé. —Tierra se sintió pequeño y miserable.

Él lo *había* sabido, ¿no? Si incluso su propia hermana de camada se sentía así, ninguna de las Hermanas querría que se quedara. Las Hermanas nunca le permitirían volver a ser uno de ellas.

—¿En serio es tan horrible? —Helada preguntó tentativamente—. Tal vez podría… —vaciló.

—No puedes hacer nada —le dijo Tierra.

Una parte de él quería rogarle que hablara con Luz de Luna, pero sabía que nada iba a cambiar. Si Helada pasaba su tiempo tratando de arreglar las cosas para él, no estaría trabajando para las Hermanas. La necesitaban para cazar, patrullar y enseñar a los cachorros más jóvenes, como hacían todas las Hermanas. Si en vez de eso se preocupaba por él, perjudicaría a todas y a cada una de las Hermanas.

Tragó saliva y continuó.

—No pasa nada. Tienes razón, ya no pertenezco aquí. Pero quería verte.

—Me alegra que lo hicieras. —Helada se inclinó hacia delante como si fuera a acariciarle la mejilla y luego se echó hacia atrás.

«*No quiere que las otras Hermanas me huelan en ella*», se dio cuenta Tierra, con la cola caída.

—Estarás bien, de verdad, ¿no? —preguntó esperanzada.

—Claro que lo estaré. —Tierra sabía que mentía. Se puso de pie, levantando la cabeza—. Supongo que no volveremos a vernos —maulló.

Empezó a darse la vuelta mientras Helada respondía:

—Espero que no sea verdad. —Le temblaba la voz.

Tierra no se atrevió a responder. Miró al frente y se alejó rápidamente. A medida que se alejaba de Helada, empezó a correr.

«*Nunca podré volver*».

Para cuando el sol se puso, Tierra estaba muy lejos del campamento de las Hermanas. Había corrido y corrido después de dejar a Helada, corrió hasta quedarse sin aliento y con las patas doloridas. Cuando finalmente se detuvo, no tuvo tiempo de encontrar una buena guarida para pasar la noche. En lugar de eso, ahora se retorcía y giraba, con raíces clavándose en los costados mientras intentaba dormir en un estrecho hueco al pie de un aliso.

«*¿Qué voy a hacer mañana? ¿Y el resto de mi vida?*».

Le rugió el estómago. No había tenido el corazón como para buscar presas después de ver a Helada. «*Tal vez esto es lo que le pasa a los gatos que abandonan a las Hermanas* —pensó—. *Se mueren de hambre porque están demasiado solos para cazar*».

No podía imaginarse seguir así. Tierra rodó para tratar de encontrar una posición más cómoda, gruñendo cuando golpeó otra raíz, y miró las luces de un Poblado de Dos Zarpas en la distancia. Tal vez debería ir allí el día siguiente. Eso era lo que les pasaba a los gatos que no sabían cuidar de sí mismos, ¿no? ¿Se convertían en el gato de guarida de algún Dos Zarpas? Algo dentro de él se estremeció al pensarlo: nunca había querido eso. ¿Pero para qué más servía? No podía viajar solo para siempre.

Un repentino sonido áspero, no muy lejos, sacó a Tierra de sus pensamientos. «*¿Eso fue un ladrido?*». Ahora podía oler algo en la brisa: un aroma espeso y carnoso que hizo que su pelaje se erizara a lo largo de su manto. «*¿Un perro?*». Había oído hablar de perros y los había visto a lo lejos, pero nunca se había acercado a uno. Luz de Luna le había dicho lo peligrosos que eran. Poniéndose de pie, Tierra miró hacia la oscuridad, tratando de ver de dónde venía el olor.

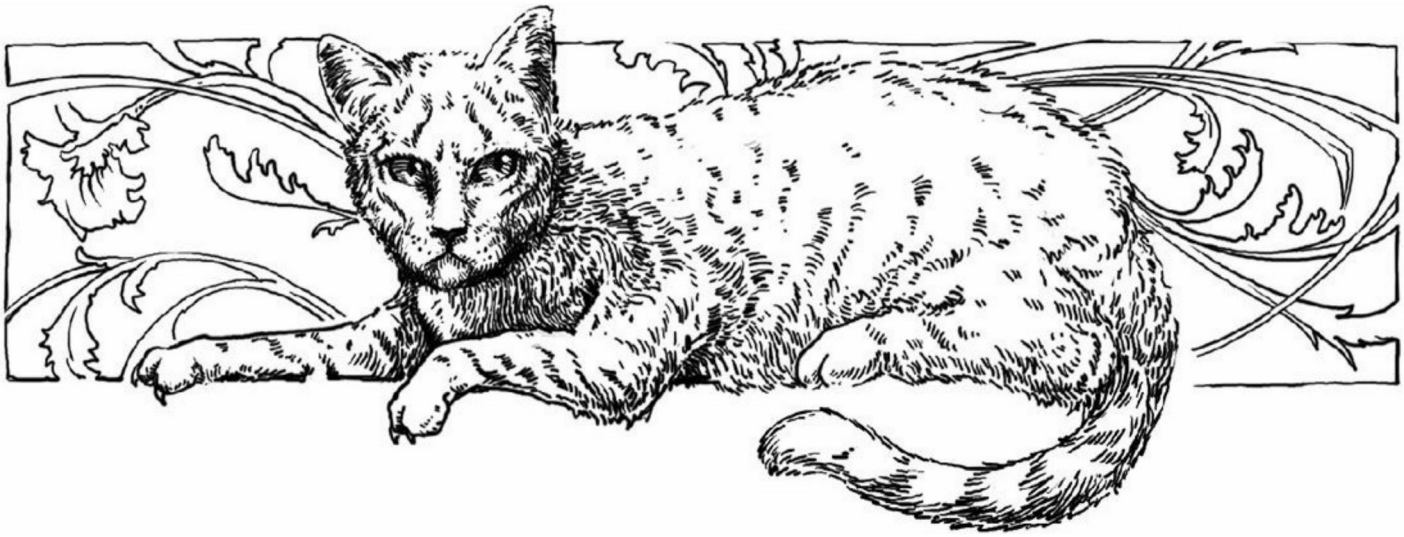
Se oyó un crujido a su derecha, y Tierra empezó a retroceder en silencio alrededor del tronco del árbol, colocando las patas con cuidado para no hacer ruido. Pero entonces otro ruido, un extraño tintineo, llegó a su otro lado, seguido de un gruñido justo detrás de él «*No es un perro. ¡Son varios!*». Tierra se congeló, su corazón latía con fuerza. Lo tenían rodeado. Tres perros se acercaban a él. Ahora podía verlos: un gran perro negro de ojos dorados, con la lengua fuera mientras jadeaba. Otro más

pequeño, marrón, que enseñaba los dientes. Y uno de largo pelaje blanco y negro, que lo miraba como si fuera una presa. Se acercaban a él lentamente, como si estuvieran seguros de que no podría escapar.

Tierra no podía moverse. Apenas podía respirar. «*Este es el fin*».

De repente, se oyó un aullido agudo y un gato pasó a su lado en la oscuridad, dirigiéndose *hacia* los perros. Con un destello de garras a la luz de la luna, el extraño arañó al perro negro en la nariz mientras maullaba de vuelta a Tierra.

—¡Corre!



CAPÍTULO 7

Tierra corrió solo unas cuantas colas de distancia, hacia una maraña de helechos. Entonces se volvió y observó, asombrado. A la luz de la luna, pudo ver que el extraño gato era de pelaje claro y no muy grande, pero se movía rápida y suavemente, esquivando los dientes de los perros con facilidad. Atravesó con sus garras el hombro del perro marrón y luego saltó con un aullido para aterrizar sobre el lomo del perro de pelo largo, con la cola erizada. El perro chilló y salió corriendo hacia la oscuridad, con los otros perros pisándole los talones. El extraño gato seguía sobre su lomo, agitando la cola para mantener el equilibrio mientras arañaba al perro. Tierra se quedó con la boca abierta al verlos desaparecer en el bosque. ¿Debía huir? ¿O debía ir tras los perros para ayudar al extraño? El otro gato era increíblemente valiente, pero al final los perros dejarían de correr.

Antes de que Tierra pudiera decidirse, el extraño gato apareció de nuevo, con la cabeza alta. Sus ojos brillaban con lo que parecía diversión.

—¿Estás herido, gatito? —preguntó.

Ahora que estaban más cerca, Tierra pudo ver que su pelaje era tan amarillo como el suyo propio. Sus ojos verdes brillaban de emoción.

—Estoy bien —Tierra respondió. Se sintió repentinamente tímido, nunca había hablado con un gato adulto sin una de las Hermanas a su lado. Y este era tan valiente, y lo había salvado—. Eso fue increíble. Ahuyentaste a los tres.

—Solo tienes que mantener la mente firme —maulló el gato. Miró a Tierra—. Eres un poco joven para estar por tu cuenta, ¿no?

—¡No, no lo soy! —protestó Tierra, indignado, poniéndose de pie—. Tengo casi siete lunas.

«*Bueno, seis y un poco*».

Los bigotes del gato se movieron.

—No intento insultarte —maulló—. Soy Raíz. Me alegro de haberte ayudado.

—Sí. Gracias —le dijo Tierra, sintiéndose un poco mal. Este gato lo había *salvado*; debería ser educado—. Soy Tierra.

Hubo un brillo de diversión en los ojos de Raíz.

—Es un gran nombre. Estoy seguro de que crecerás hasta que encaje contigo. —Saludó a Tierra amistosamente—. Bueno, cuídate. Ten cuidado con los perros extraños. Puede que la próxima vez estés solo.

—Lo haré —Tierra prometió, pero estaba confundido. ¿Raíz ya se iba? ¿Y si volvían los perros?

Con un movimiento de la cola, Raíz se dio la vuelta y empezó a alejarse. Tierra lo observó y luego miró a su alrededor, a la maleza oscura y vacía. «*No quiero quedarme aquí solo*». En silencio, siguió al otro gato.

Al cabo de unos pasos, Raíz se detuvo y sus orejas se inclinaron hacia Tierra.

—¿Estás perdido? —preguntó—. ¿Necesitas ayuda?

—Bueno. —Tierra bajó la cola—. No estoy realmente *perdido*, pero no conozco este lugar. No sé a dónde ir que sea seguro. —Dudó, pensando en la segunda pregunta de Raíz. «*¿Necesito ayuda?*».

Raíz se dio la vuelta y miró a Tierra de arriba abajo. Vaciló, como si estuviera decidiendo algo.

—Vamos —maulló al fin—. Conozco un lugar donde podemos dormir esta noche.

—*¿En serio?* —Encantado, Tierra corrió al lado de Raíz, rozando su pelaje con el suyo—. ¿Puedo quedarme contigo?

Raíz agitó la cola con desdén.

—Por una noche —respondió—. Mañana caminaré contigo por aquí y te ayudaré a encontrar un buen lugar para hacer tu propio campamento. Yo solo estoy de paso.

—Yo también —le aseguró Tierra.

Comenzaron a caminar lado a lado, las patas de Tierra se sentían livianas de felicidad. Por supuesto, sería aun mejor si Raíz quisiera que se quedaran juntos —«*Tal vez sí quiera una vez que me conozca*», pensó—, pero se sentía tan *bien* estar con otro gato por un tiempo, aunque fuera solo por una noche.

Se quedó muy cerca de Raíz, acompasando su paso al del gato mayor. Raíz no dejaba de mirar a su alrededor y olfatear el aire, con las orejas apuntando a un lado y a otro.

—Tienes que estar alerta todo el tiempo —le dijo a Tierra—. El bosque está lleno de peligros para un solitario.

Asintiendo, Tierra caminó aún más cerca de él, con el pelaje erizado al pensar en los peligros del bosque.

Por fin, Raíz se detuvo junto a un alto roble.

—Este parece uno bueno —maulló alegremente.

—¿Un buen qué? —Tierra siguió la mirada de Raíz hacia las ramas que se extendían sobre ellos—. Espera —le maulló, parpadeando—. ¿Quieres dormir en un árbol?

—Un árbol es el mejor sitio —le dijo Raíz con confianza—. Nada podrá alcanzarnos. Y cuando nos despertemos, será fácil orientarnos.

—Sí, pero… —empezó Tierra.

«*¿Y si nos caemos?*». Se había subido a árboles para mirar a su alrededor, o perseguir ardillas, pero la idea de estar dormido tan alto le producía un cosquilleo incómodo en el manto.

Pero Raíz ya estaba trepando por el tronco del árbol.

—¡Vamos! —exclamó con un maullido alegre.

Tierra no quería quedarse atrás y le siguió.

En lo alto del árbol, Raíz señaló con la cabeza el espacio donde una rama ancha se unía al tronco.

—Ese es un lugar bueno y seguro —maulló. Se echó en la siguiente rama, dejó colgar la cola y cerró los ojos.

Tierra se dio la vuelta con cautela y se acurrucó en la rama, pegado al tronco. Una brisa agitó su pelaje, pero la rama le pareció sólida y espaciosa.

Levantó la mirada hacia las estrellas y se sintió más cómodo que nunca desde que había dejado a las Hermanas. Raíz tenía razón: nada podría atraparlo allí arriba. Y si algo lo intentaba, Raíz estaba con él. Las hojas del árbol emitieron un suave susurro cuando el viento recorrió sus ramas.

Repentinamente somnoliento, Tierra cerró los ojos. Al escuchar la respiración constante de Raíz, que le recordaba que no estaba solo, se quedó profundamente dormido.

* * *

El sol naciente despertó a Tierra temprano a la mañana siguiente, y él bostezó y se estiró, sintiéndose más descansado de lo que había estado en una luna.

La rama junto a la suya estaba vacía. Tierra miró a su alrededor, primero en el árbol y luego en el suelo, pero no había rastro de Raíz. «*No se habría ido sin despedirse, ¿verdad?*». Tierra no estaba seguro: el gato mayor había sido amistoso, pero había dejado muy claro que no buscaba compañía. Tal vez había decidido no ayudar a Tierra a hacer un campamento. «*Después de todo, las Hermanas me abandonaron* —pensó Tierra—. *Y son mis parientes*».

Bajó del árbol y, tras olfatear a su alrededor para ver si Raíz estaba cerca y darse cuenta de que no, se lavó cuidadosamente las patas y las orejas. «*¿Debería quedarme o irme?*», se preguntó. Si Raíz no iba a volver, no había razón para quedarse allí; podía continuar su viaje, buscando un territorio mejor. Pero quería volver a ver al otro gato. Tierra decidió que esperaría al menos hasta el mediodía.

Una brisa fresca agitó su pelaje, y Tierra encorvó los hombros, sintiendo frío sin ningún gato con el que acurrucarse. Haber tenido a otro gato a su lado, aunque fuera por una noche, haría aun más difícil volver a estar solo.

Tierra suspiró y pensó en Torrente. ¿Había contactado realmente con su amigo aquella noche en el bosque? ¿Fue Torrente quien había enviado la piña rodando junto a su guarida?

Cerrando los ojos, intentó concentrarse en Torrente, como había hecho entonces.

—Torrente —maulló—. Si quieres venir a verme, me encantaría verte y volver a hablar contigo.

Agudizó los sentidos, agitando las orejas y los bigotes, esperando captar algún indicio de su amigo. «*Nada*».

—Por favor, ven —continuó, con la voz temblorosa—. Lo intento, lo he estado intentado. Odio estar solo. Incluso volví a las Hermanas —confesó, bajando la voz—. Sé que no debería haberlo hecho, pero me sentía tan solo. Nunca me dejarán volver a ser uno de ellas. —Le invadió una oleada de rabia—. No es *justo* —maulló—. Torrente, querían echarnos cuando éramos demasiado jóvenes, solo porque éramos machos. No sé cuidar de mí mismo, y a ellas no les importa. A veces desearía no haber nacido, si las Hermanas iban a deshacerse de mí. —Tierra apretó aún más los ojos y añadió, con amargura—: *Nunca* las perdonaré.

Haciendo una pausa para respirar, oyó un pequeño ruido, como un paso cerca. «*¿Torrente?*». Con una oleada de esperanza, Tierra abrió los ojos.

El espíritu de Torrente no estaba allí. Pero Raíz sí, con una regordeta ardilla colgando de la boca mientras miraba fijamente a Tierra. Acalorado por la vergüenza, Tierra le devolvió la mirada sin saber qué decir. ¿Cuánto tiempo llevaba Raíz allí de pie, mirando cómo Tierra hablaba consigo mismo con los ojos cerrados?

Raíz soltó la ardilla. Encogido, Tierra esperó a que hiciera algún comentario, pero cuando Raíz habló, no fue lo que Tierra esperaba en absoluto. En vez de eso, Raíz dijo con voz vacilante:

—¿Conoces un grupo solo de gatas? ¿Gatas grandes y de pelo largo?

—¿Conoces a las Hermanas? —Tierra preguntó, asombrado.

Pero la expresión de Raíz se ensombreció.

—Sí que las conozco —respondió enojado—. Pasé un tiempo con ellas.

Los ojos de Tierra se abrieron de par en par. ¿Era Raíz un gato en su viaje, un gato mayor nacido de las Hermanas?

—¿Qué quieres decir? —preguntó—. ¿Cuándo?

—Fui pareja de una de las Hermanas —le dijo Raíz—. Estuve con ella un tiempo y me parecieron geniales, fuertes y feroces. Mi pareja esperaba a mis cachorros. Pero entonces Luz de Luna y las demás se fueron sin mí. Me dijo que los gatos no viajan con ellas y que no se quedan en un sitio, así que tuvo que dejarme atrás. —Dio un azote con la cola, enojado—. Me dejó sin pensárselo dos veces.

Tierra se quedó mirando a Raíz, entumecido por la sorpresa. «*¿Luz de Luna?*». El pelaje de Raíz era tan amarillo como el de Tierra, y una de sus patas, se dio cuenta de repente, tenía seis dedos, como la de él. «*¿Podría ser mi padre?*».

Se lamió nerviosamente el pelo del pecho y luego dijo en voz baja:

—A mí también me dejaron. Soy uno de sus cachorros, pero los gatos machos no pueden quedarse con las Hermanas después de las seis lunas.

—¿Ves? —Raíz maulló furiosamente—. Son frías, las Hermanas. Siguen sus reglas, no sus corazones. —Su voz era tan baja que casi parecía que hablaba consigo mismo.

Tierra dio un paso más hacia él, con el corazón latiéndole desbocado.

—Luz de Luna era mi madre —maulló, esperando que Raíz entendiera a lo que quería llegar.

Raíz lo miró fijamente, con los ojos verdes muy abiertos.

—Dijiste que tenías seis lunas. —Rodeó al gato joven con la mirada, como si estuviera clasificando todas las cosas que Tierra había notado que tenían en común: su tamaño, sus patas, su pelaje amarillo.

—Casi siete —le recordó Tierra.

Raíz seguía mirándolo.

—Eres mi hijo —se dio cuenta, sonando sorprendido—. Debes serlo.

—Supongo que sí —Tierra susurró, apartando la mirada. De repente, se sintió demasiado tímido para mirar a Raíz a los ojos.

Tras un segundo de silencio, Raíz gruñó. A Tierra se le encogió el corazón: «*Mi padre también me odia*».

—¿Te echaron? —enfureció Raíz—. ¡No tienes edad para cuidar de ti mismo! Mira lo que pasó. ¡Esos perros podrían haberte matado!

Los ojos de Tierra se abrieron de par en par. A pesar de la ira de Raíz, Tierra sintió una sensación de calidez en el pecho. Raíz estaba enojado con las Hermanas por obligar a Tierra a marcharse. ¡Estaba de acuerdo en que Tierra era demasiado joven!

—Son tan *frías* —Raíz volvió a gruñir—. Su propio hijo, y te abandonó, justo como me abandonó a mí.

—Pero ahora nos encontramos —le dijo Tierra con entusiasmo, rápidamente acercándosele unos pasos más, hasta que estuvo justo en frente de Raíz—. Luz de Luna y las Hermanas nos abandonaron a ambos, pero ahora podemos cuidar el uno del otro. Es perfecto.

Raíz no dijo nada, sus ojos se entrecerraron, y Tierra tragó saliva.

—¿No?

El gato mayor apartó la mirada.

—Te dije que era un solitario —maulló en voz baja.

—Pero… pero estás tan enojado porque Luz de Luna me abandonó —argumentó Tierra—. ¿Tú también vas a abandonarme?

—No es lo mismo —Raíz murmuró.

—Lo es —insistió Tierra. Soltó las garras y rasgó la tierra que tenía debajo. Se había sentido tan *feliz*, solo por un latido.

—Mira —le dijo Raíz, sonando culpable—, nos quedaremos juntos por una luna o dos. Te enseñaré a cuidarte como es debido. Te lo prometo, te ayudaré hasta que estés preparado, no te echaré como hicieron las Hermanas.

—¿Lo harás? —preguntó Tierra, con finos zarcillos de esperanza empezando a extenderse por él.

—Sí —Raíz prometió—. Te enseñaré todo lo que necesitas saber. Pero estoy acostumbrado a estar solo. Correr con un amigo, o un pariente,

implica ser responsable de ellos. Es demasiado duro depender de otro gato. Si los pierdes, eso te destroza. Es mejor no contar con ningún gato. Luz de Luna me lo enseñó —añadió con amargura.

—Está bien —aceptó Tierra.

Era mejor que nada: tendría a Raíz durante una luna, quizá dos. Aprendería a cuidar de sí mismo: Raíz era inteligente y fuerte, y podría enseñarle mucho. ¿Y quién lo iba a decir? Un par de lunas era mucho tiempo. «*Quizá Raíz cambie de opinión y quiera que sigamos juntos*».

—Está bien —repitió, más alegre—. ¿Cuál es mi primera lección?

—Bueno —maulló Raíz, con su tono más cálido en respuesta al de Tierra—, está tu nombre.

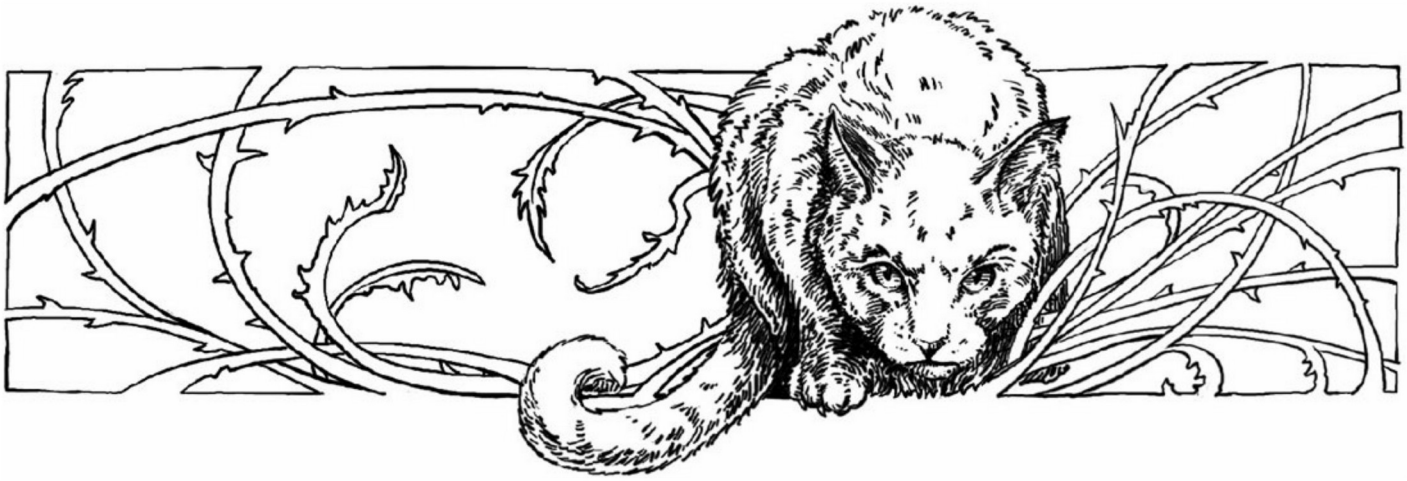
—¿Mi nombre? —preguntó Tierra, desconcertado.

Una luz burlona empezó a brillar en los ojos de Raíz.

—Como dije, es un nombre grande para un gatito de tu tamaño. Y es el nombre que te pusieron las Hermanas. Ya no eres uno de ellas, ¿verdad? Puedes elegir quién quieres ser.

Tierra pensó. ¿Todavía quería el nombre que Luz de Luna le había dado? ¿Quería algo de ella siquiera? Miró a su alrededor. Sobre él, el roble donde Raíz y él habían dormido extendía sus ramas. Era sólido y reconfortante. Los había cuidado durante la noche. No se iba a ir a ninguna parte.

—Tienes razón —le dijo a Raíz—. Ya no quiero ser Tierra. A partir de ahora, llámame Árbol.



Capítulo 8

—Te digo que es la mejor manera —maulló Raíz, sacudiéndose las hojas de su manto mientras se ponía de pie. Se agachó y usó la boca para recoger el ratón que acababa de matar.

—No estoy convencido de que echarse hasta que las presas decidan que eres un arbusto en vez de un gato sea realmente la mejor forma de cazar —replicó Árbol dubitativo.

Raíz ladeó la cabeza y movió el ratón de un lado a otro, como diciendo: «Y sin embargo, ¿ves este ratón?», hasta que Árbol ronroneó de risa.

—Está bien, entiendo tu punto —Árbol admitió—. Lo llevaré al campamento, a menos que tengas hambre ahora.

—Genial —Raíz maulló, dejando caer el ratón a las patas de Árbol—. Yo seguiré cazando. —Se acostó de nuevo, colocando algunas hojas en su propia espalda para hacer efecto.

Meneando la cabeza con diversión, Árbol llevó el ratón al pie del árbol donde habían estado durmiendo y raspó un poco de tierra sobre él para enterrarlo y guardarlo.

En las dos lunas que él y su padre habían pasado juntos, Árbol había aprendido mucho. Raíz no siempre cazaba como lo hacían las Hermanas: creía en cuidar de sí mismo a la vez que gastaba la menor energía posible. Así que no solo tenía técnicas de caza únicas, sino que también había enseñado a Árbol a encontrar comida en la basura de los Dos Zarpas y en los cuencos desatendidos de los gatos de guarida. Le había enseñado a Árbol a elegir los lugares más seguros para descansar. Y le había enseñado técnicas de lucha, pero también lo que él decía que era más útil: cómo

arquear la espalda y gruñir para asustar a proscritos y perros, y así no tener que luchar siquiera.

«*Lo habría pasado tan mal sin Raíz*», pensó Árbol mientras pasaba unas hojas secas por donde había enterrado al ratón.

Otra hoja cayó del roble y Árbol bajó la cola. Se acercaba la temporada gélida. Raíz siempre había dicho que no estarían juntos más de una o dos lunas, y ya habían pasado dos. Árbol sabía lo mucho que le debía a Raíz. Pero aun así… estaría a la deriva y solo cuando se separaran. Si no podía quedarse con su padre para siempre, Árbol deseaba ser como el resto de las Hermanas. Si pudiera hablar con la tierra, y si pudiera ver espíritus, nunca estaría solo. ¿Podría hacerlo alguna vez? Luz de Luna le había dicho que algún día lo lograría, pero él lo había intentado con todas sus fuerzas y no había conseguido nada…

Se enderezó, sorprendido por una nueva idea. Tal vez, solo *tal vez*, algo había cambiado desde que era un gatito. Ahora era más grande, más inteligente y más capaz; ¿era posible que la tierra le hablara de una forma que se había negado a hacerlo cuando era más joven?

Árbol miró a su alrededor con cierta culpabilidad, asegurándose de que Raíz no estaba a la vista. Al gato mayor no le gustaba pensar en Luz de Luna y en el resto de las Hermanas. No le gustaba ver a Árbol actuando como ellas. Sin embargo, Raíz no estaba cerca, así que Árbol se acomodó entre las hojas suaves y secas e intentó recordar lo que Luz de Luna le había enseñado. «*Ah, sí*». Debía intentar volverse uno con el pasto. Cerrando los ojos con fuerza, Árbol escuchó con atención. Si podía hacerlo bien, oiría al pasto, a las hojas, a los árboles, a todo hablándole. Esforzando los oídos, aguantó la respiración, escuchando. No oía nada. ¿Qué era lo que estaba mal con él, que no podía hacerlo?

Oyó el suave crujido de una hoja seca bajo una pata y abrió los ojos. Raíz había salido de la maleza y lo estaba observando.

—¿Qué haces? —le preguntó.

Árbol se sintió acalorado por la vergüenza. Dudó incómodo, moviendo las patas.

—Estoy… intentando hablar con el pasto —maulló en voz baja—. Como gato macho, se supone que debería poder hacerlo, y nunca lo he hecho.

Raíz se acercó y se sentó a su lado.

—¿De verdad el pasto tiene mucho que decir? —preguntó. No se reía, pero le temblaban los bigotes.

Árbol lo miró fijamente.

—Los gatos son los guardianes de la tierra —le dijo—. ¿Cómo se supone que voy a hacer lo que necesito si ni siquiera puedo hablar con el mundo que me rodea? —Dejó caer la cabeza sobre sus patas—. Sigo *fracasando*.

Raíz dudó un instante y luego rozó suavemente la espalda de Árbol con la cola.

—Mira —le maulló, con los ojos cálidos de simpatía—. No todos los gatos creen lo mismo que las Hermanas. Un gato no *tiene* que cuidar del mundo. El mundo seguirá adelante.

—Luz de Luna nos dijo… —comenzó Árbol.

—Ya no vives con Luz de Luna y las Hermanas —lo interrumpió—. No tienes que vivir según sus reglas. Cambiaste tu nombre, y tampoco tienes que quedarte con nada de lo que te dieron, a menos que quieras. Sé quien *tú* quieras ser.

«*¿Quién quiero ser? ¿Quién es ese gato?*». Árbol no lo sabía, pero se sentía un poco más ligero. Tal vez no querer viajar y cuidar la tierra estaba bien. Las Hermanas lo habían obligado a irse, pero tal vez él también podía *elegir* irse.

La idea era asombrosa… pero muy solitaria.

—Quería volver a intentar hablar con la tierra —le dijo a Raíz—, porque necesitaré algún gato con el que hablar.

Raíz parecía desconcertado, y Árbol se apresuró a explicar, sus palabras cayeron una sobre otra en un apuro.

—Te agradezco todo lo que has hecho por mí —dijo—. Si no me hubieras dejado quedarme contigo, probablemente ya estaría muerto, o me habría rendido y convertido en el gato de guarida de algún Dos Zarpas. No he olvidado que eres un solitario y que no puedo quedarme contigo para siempre. Incluso un par de lunas ha sido genial. Pero sé que tiene que terminar.

Raíz ladeó una de sus patas traseras para rascarse la oreja.

—Em —comenzó despacio, mirando al cielo—. Ahora eres un buen cazador, pero aún tengo mucho que enseñarte. Necesitarás saber cómo establecer un territorio para ti. Tal vez deberíamos permanecer juntos un poco más.

Confundido, Árbol abrió la boca para objetar, había vivido en suficientes territorios diferentes con las Hermanas como para estar seguro de poder hacerlo, y luego la volvió a cerrar. Los ojos de Raíz brillaban avergonzados. «*No quiere que me vaya* —se dio cuenta Árbol—. *También me extrañará*». Quizá Raíz no era tan solitario como creía.

Árbol sintió calidez en el pecho y parpadeó cariñosamente hacia su padre. «*Raíz tiene razón* —pensó—. *Ahora puedo ser el gato que quiera ser. Y tal vez quien quiero ser es la familia de Raíz*».

—Creía que solo querías que las presas vinieran a ti —maulló Árbol unos días después, siguiendo a Raíz por el bosque.

Raíz agitó la cola con desdén.

—Eso está bien cuando cazas ratones —él respondió—. Pero hoy tengo ganas de conejo, y los conejos son cosa de dos gatos.

Árbol agitó la cola alegremente mientras caminaban. Hacía un poco de frío en el aire, pero aún faltaban un par de lunas para que llegara la temporada gélida. Las presas serían sabrosas, aún gordas por el tiempo más cálido. A Árbol se le hizo la boca agua al pensar en un conejo.

—Mira —Raíz señaló en voz baja.

Habían llegado al borde de un claro soleado, donde dos conejos mordisqueaban largos tallos de pasto, levantándose periódicamente sobre sus patas traseras para comprobar si había depredadores.

—Uno para cada uno —exhaló Árbol, pero Raíz negó con la cabeza.

—Si vamos tras los dos, no atraparemos ninguno. Vamos a por el grande. Rodéalo y tráelo hacia mí.

Árbol inclinó la cabeza en señal de reconocimiento y comenzó a moverse silenciosamente por el borde del claro, vigilando atentamente a los conejos. De repente, el más pequeño levantó la cabeza, agitando las orejas, y él se quedó helado mientras olfateaba el aire. Cuando por fin empezó a comer de nuevo, Árbol se dirigió directamente hacia los conejos, agachándose tanto que su vientre casi rozaba el suelo y estaba completamente oculto por el largo pasto.

No fue hasta que casi había alcanzado a los conejos cuando éstos se pusieron rígidos de repente. Con golpes de sus grandes patas traseras, comenzaron a correr, alejándose el uno del otro en zigzag, y Árbol vio que Raíz había tenido razón. Si no hubiera estado seguro de a cuál perseguir, habría perdido a los dos. En lugar de eso, se lanzó tras el más grande, un gordo marrón con cola blanca, saltando casi sobre sus talones, conduciéndolo hacia donde sabía que Raíz estaba agazapado.

El conejo era más rápido que él, pero no importaba: solo se había alejado unas zancadas cuando Raíz salió del pasto y lo derribó. Con un rápido mordisco en la garganta, el conejo se quedó quieto.

—¡Buen trabajo, Árbol! —exclamó Raíz feliz, levantando la mirada con la sangre del conejo todavía salpicada en su pecho.

—Lo mismo digo —Árbol maulló. El conejo tenía un aspecto delicioso—. ¿Quieres comer aquí o lo llevamos al árbol?

—Me sentiría más seguro en nuestro propio territorio —le respondió Raíz—. Ven, ayúdame a llevarlo.

Llevando el conejo entre ambos, los dos gatos se adentraron de nuevo en el bosque. Árbol disfrutaba del peso de la presa en la boca y de su olor cálido y fresco. Le rugió el estómago y soltó el conejo para decir:

—Me *muero* de hambre. Quizá deberíamos comérnoslo aquí.

Raíz también dejó caer su parte del conejo y empezó a decir algo, ronroneando de risa, cuando de repente se detuvo y olfateó el aire.

—¿Hueles eso?

Árbol probó el aire, también, tratando de oler algo por encima del insistente olor a conejo. Había algo. Algo carnoso y rancio que le hizo estremecer el manto.

—¿Qué es? —preguntó.

—Un zorro. Será mejor que nos demos prisa —le dijo Raíz.

Comenzó a inclinarse para recoger el conejo de nuevo, luego se enderezó, el pelo a lo largo de su manto se erizó. Árbol siguió su mirada justo a tiempo para ver cómo una criatura roja y delgada salía del bosque y se dirigía hacia ellos, enseñando los dientes.

—¡Corre! —aulló Raíz, pero Árbol gruñó y apretó el costado contra el de su padre. No lo iba a abandonar.

Y entonces el zorro estaba sobre ellos. Tenía los dientes más afilados que los de un perro y se abalanzó sobre Árbol mientras éste lo esquivaba, rozándole dolorosamente el hombro con su mordisco. Pero Raíz le había enseñado a luchar. Se tiró al suelo y se deslizó bajo el zorro, arañándole el vientre, mientras Raíz saltó a un lado, cortando el hombro del zorro con sus garras. Lucharon juntos, Raíz atacando los cuartos traseros del zorro mientras Árbol le golpeaba el hocico. Árbol hundía los dientes en la pata del zorro mientras Raíz le daba arañazos en el costado.

«*Estamos ganando*», pensó Árbol, sintiéndose a la vez jubiloso y aterrorizado, mientras el zorro emitía un extraño aullido agudo y se retorcía hacia él. Árbol esquivó de nuevo, pero su pata resbaló en un montón de hojas embarradas y cayó, golpeándose el costado contra el suelo con fuerza y quedándose sin aliento. «*Tengo que moverme*», se dio cuenta, pero estaba congelado. Lo único que pudo ver fue un destello de dientes cuando el zorro fue a por él. Todo parecía ir más despacio y Árbol

no podía moverse. «*Igual que cuando atacaron los proscritos*», pensó aturdido, recordando a Halcón.

Y entonces hubo un destello de pelaje amarillo. Raíz se lanzó entre Árbol y los dientes del zorro, y todo volvió a acelerarse.

—¡Raíz! —Árbol aulló.

Se puso de pie justo cuando Raíz gruñó y clavó sus garras en los ojos del zorro. Con un aullido de dolor, el zorro retrocedió, giró la cola y echó a correr.

—¡Eso fue increíble! —exclamó Árbol sin aliento.

Se volvió hacia Raíz, pero el gato mayor se balanceaba sobre sus patas, con los ojos vidriosos. Justo al caer, Árbol se dio cuenta de que la sangre corría por el costado del otro gato.

—¡Raíz! —Árbol jadeó y corrió hacia él, husmeando entre su pelaje amarillo para encontrar la herida. Tenía un mordisco profundo en el costado, del que brotaba sangre roja oscura que se acumulaba en el suelo.

Tras un aterrado momento de silencio, Árbol empezó a pensar de nuevo.

—Luz de Luna me enseñó a vendar heridas —maulló rápidamente—. Traeré telarañas para ayudar a la hemorragia y, emm —la cabeza le daba vueltas mientras intentaba recordar—, la consuelda ayudará a aliviar la herida. —Empezó a levantarse, pero antes de que pudiera hacerlo, Raíz puso su cola sobre la espalda de Árbol.

—No te vayas —exhaló débilmente—. No servirá de nada. Me estoy muriendo y no quiero estar solo. —Miró a Árbol, con la mirada desenfocada—. Quiero que mi hijo esté conmigo cuando muera. Por favor.

—Claro que me quedaré —Árbol maulló, y se echó junto a su padre, con el corazón dolorido.

Raíz tenía razón: ninguna telaraña podía detener aquel rápido torrente de sangre. Corrió por el suelo y cubrió el pelaje de Árbol, también, rápidamente volviéndose fría y pegajosa. Árbol lamió el hombro y la espalda de Raíz, intentando limpiar el pelaje de su padre.

—Lo siento —añadió—. Tuviste que salvarme otra vez. Ojalá hubiera sido mejor luchador. Más valiente, como tú. Ojalá nos hubiéramos conocido más tiempo. Siempre.

La cola de Raíz volvió a rozar la espalda de Árbol, reconfortante. Miró a Árbol a los ojos e intentó hablar, pero tenía la boca llena de sangre. Le corría por la barbilla y por el pecho, mezclándose con la del conejo. Su cuerpo dio un espasmo, y luego otro, y entonces se quedó quieto.

—¿Raíz? —preguntó Árbol en voz baja.

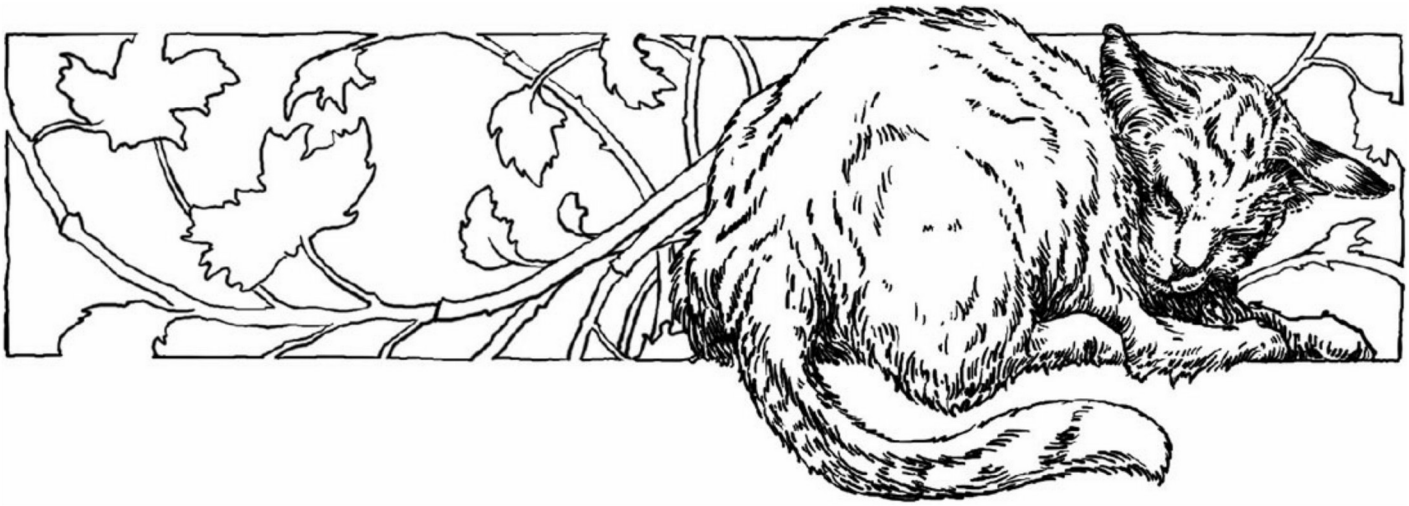
Pero los ojos de su padre se habían cerrado y Árbol supo que estaba muerto. Árbol apretó la cara contra el pelaje de Raíz. Lo invadió una oleada de culpa y horror. «*Fue mi culpa*».

Permaneció allí largo rato, con la cara pegada a la piel fría de Raíz. Poco a poco se dio cuenta de que a su alrededor empezaba a hacer frío y a oscurecer, de que había llegado la noche.

Salió el sol antes de que volviera a pensar.

Había amado a su padre, y su padre lo había amado a él. Pero al final, les había hecho daño a los dos. «*Nunca más*». Raíz había tenido razón: era mejor no contar con ningún gato. Árbol había aprendido la lección. Tal vez aquella era la lección que Luz de Luna y las Hermanas habían querido enseñarle desde el principio.

«*Debería viajar solo*».



CAPÍTULO 9

Una cálida brisa sopló a través del pelaje de Árbol mientras estaba agachado junto a la roca plateada, mirando la basura de Dos Zarpas en su interior. Al ver algo sabroso, metió la pata y enganchó los restos de un trozo de comida de Dos Zarpas con una garra. «*Pollo*», pensó, olfateando. Se le hizo la boca agua al olerlo y le rugió el estómago.

Levantó la cabeza cuando percibió otro olor en el viento, por encima de los pesados olores de la basura de Dos Zarpas, y Árbol se tensó. «*Un gato extraño*». Desde la muerte de Raíz, ocho lunas antes, Árbol apenas había hablado con otros gatos, excepto porque le habían gruñido y expulsado de territorios reclamados unas cuantas veces. Agarrando el pollo con fuerza en la boca, se dejó caer en el espacio entre la roca plateada y la guarida de Dos Zarpas que había detrás. Con un poco de suerte, el otro gato ni siquiera se daría cuenta de que Árbol estaba allí.

Árbol oyó las pisadas de unas suaves patas y luego un maullido severo.

—Sé que estás ahí. Sal donde pueda verte.

Ajustando su agarre en el pollo con un suspiro, Árbol salió de su escondite. Quedarse allí solamente lo dejaría acorralado.

Había una gata blanca con manchas marrones entre las rocas, observándolo con recelo. Sus costados estaban llenos de crías: por su tiempo con las Hermanas, Árbol podía adivinar que le faltaba quizá media luna para dar a luz. No le tenía miedo a una gata embarazada, pero sabía que podría tener una pareja o parientes cerca, así que soltó el pollo y habló con respeto.

—¿Este es tu territorio? Solo estoy de paso. Puedes quedarte la comida si quieres.

Los bigotes de la gata se volvieron hacia atrás con disgusto.

—Yo no como basura de Dos Patas —dijo mordazmente—. Soy una guerrera. Puedo cazar mi propia comida.

Árbol se encogió de hombros, preguntándose qué era una guerrera.

—Siéntete libre —le dijo.

Volvió a subirse a la roca plateada y observó con interés cómo la gata empezaba a merodear, olfateando el aire, con las orejas aguzadas en busca de presas. Al cabo de un rato, se puso rígida y corrió a una velocidad sorprendente hacia una maraña cercana de trozos de monstruos muertos. Árbol se inclinó hacia delante para observar.

Un momento después, salió de detrás de una redonda pata de monstruo negra, con una rata colgando de la boca.

—Eso fue increíble —le dijo Árbol con sinceridad—. Eres muy rápida, incluso llevando cachorros.

La cola de la gata se movió con orgullo.

—Gracias —maulló, dejando caer la rata. Después de un momento, ella ofreció—: ¿Quieres compartirla conmigo?

Árbol dudó un instante. Una rata fresca sabría bien, mejor que la comida desechada de los Dos Zarpas. Pero la gata parecía demasiado delgada, a pesar de sus costados redondeados.

—No —le dijo—. Quédate con la rata. ¿Pero quieres que comamos juntos? Me encantaría tener algo de compañía.

La gata se encogió de hombros y se sentó, con la rata delante. Árbol bajó de un salto de la roca plateada, llevando el pollo, y se sentó a su lado.

—Soy Árbol —maulló.

—Me llamo Guijarro Brillante —le dijo la gata, dando un mordisco a su presa—. Encantada de conocerte.

—¿Guijarro Brillante? —preguntó Árbol con curiosidad—. Es un nombre extraño. Pero bonito —añadió.

Guijarro Brillante levantó la barbilla con orgullo.

—Todos los guerreros del Clan del Cielo tienen nombres así. Los cambiamos a medida que crecemos: Yo era Pequeña Guija cuando nací, y luego Zarpa de Guijarro cuando mi mentor me entrenó. Mi líder, Estrella de Hojas, me dio el nombre de Guijarro Brillante cuando estuve lista para convertirme en una guerrera completa.

Árbol se movió intranquilo. ¿Estrella de Hojas había sido como Luz de Luna? ¿Era por eso que Guijarro Brillante estaba allí sola, cuando

estaba esperando cachorros? Quizás aquel Clan del Cielo echaba a las gatas y se quedaba con los gatos.

—¿Y fue entonces cuando tuviste que irte?

—¿Qué? ¡No! —Guijarro Brillante maulló—. Estaba viajando con mi Clan, y nos separamos. Nunca los dejaría a propósito.

—Oh. —Árbol se sintió aliviado de que Guijarro Brillante no estuviera sola. Tener cachorros eran una gran responsabilidad—. ¿Qué pasó?

Guijarro Brillante hizo una mueca.

—Subí a la parte trasera de un monstruo tras una presa. Y el monstruo me atrapó. Escapé, pero ahora estoy lejos del Clan del Cielo, y necesito encontrarlos de nuevo.

Árbol parpadeó. «*¿Se subió a un monstruo?*». No estaba seguro de lo que quería decir, pero tenía una pregunta más urgente.

—¿Qué es el Clan del Cielo?

—Somos un Clan de guerreros —le explicó Guijarro Brillante—. Nos cuidamos unos a otros, y seguimos el código que nos dio el Clan Estelar. —Suspiró—. Tuvimos que dejar nuestro territorio, y hemos estado viajando para encontrar uno nuevo. El monstruo me llevó muy lejos, creo.

—Entonces, ¿eres una *guerrera*? —Árbol le preguntó, tratando de entender.

—Por supuesto —dijo Guijarro Brillante—. Y mis cachorros también serán guerreros del Clan del Cielo. —Dudó, mirándolo con un poco de desconfianza—. ¿Eres un proscrito?

«*¿Lo soy?*», se preguntó Árbol. Pensó en el par de proscritos que habían atacado cuando él y Halcón estaban cazando, allá con las Hermanas. Él no era así, no haría daño a otro gato a menos que tuviera que hacerlo.

—No —decidió—. Solo soy un solitario, supongo.

Guijarro Brillante se puso más cómoda.

—No me parecías un proscrito —maulló ella, y Árbol se sintió un poco más cálido bajo su aprobación.

Tomó otro bocado de pollo, observándola con el rabillo del ojo. Parecía *muy* cerca de tener a sus cachorros, pensó. Si iba a encontrar el camino de vuelta a su Clan antes de que nacieran los cachorros, tendría que darse prisa.

—¿Cómo vas a encontrarlos? —preguntó—. Dijiste que estaban viajando cuando fuiste capturada por el monstruo. Así que no sabes dónde

están, y ellos no saben dónde estás tú. —Dudó—. Odio decirlo, pero dudo que vayas a encontrarlos, al menos no antes de que nazcan tus cachorros.

Guijarro Brillante levantó la barbilla obstinadamente.

—El Clan Estelar me ayudará a encontrar a mi Clan de nuevo, y a mi pareja, Ala de Halcón. Mis cachorros son especiales, puedo sentirlo. El Clan del Cielo los necesita. —Sus ojos brillaban—. Tienen un destino. *Pertenecen* al Clan.

Algo en sus ojos le recordó a Luz de Luna, lo segura que estaba cuando hablaba del deber de las Hermanas de hablar con las estrellas, y el deber de los gatos de cuidar la tierra.

—Si vuelves a encontrar a tu Clan, ¿los cachorros podrán vivir allí siempre? —preguntó con recelo—. ¿Sin importar nada? Ya sean gatos o gatas, o incluso si no pueden hacer todo lo que se supone que un guerrero debe hacer.

—Por supuesto —le dijo Guijarro Brillante, sorprendida—. El Clan del Cielo nunca expulsaría a sus guerreros. Nosotros pertenecemos allí. Por eso tengo que volver con ellos.

Estaba tan *segura*. Árbol sintió calidez de admiración.

—Creo que serás una muy buena madre —maulló él, y los bigotes de la gata se movieron con placer por el cumplido.

Algo seguía preocupando a Árbol.

—Entiendo que quieras volver allí —empezó—. Pero si tienes que recorrer un largo camino antes de encontrarlos, será peligroso, sobre todo porque estás esperando cachorros. Tal vez deberías esperar. A veces es mejor aceptar lo que te pasa y seguir con tu vida, aunque no sea lo que querías. —Se miró las patas, esperando que Guijarro Brillante no se ofendiera.

—Así no son las cosas en un Clan —le dijo Guijarro Brillante con firmeza, y Árbol volvió a levantar la mirada. No parecía ofendida, pero sí decidida—. Ala de Halcón y el resto del Clan del Cielo no van a dejar de buscarme. Así que yo tampoco puedo dejar de buscarlos. —Miró a Árbol con un pequeño encogimiento de hombros—. Al final nos encontraremos. Es la única forma en que quiero vivir, especialmente ahora que he visto lo que es la vida como solitaria.

Árbol asintió. Ella tenía razón: la vida como solitario era difícil, y no para todos los gatos.

—Será un duro viaje —le dijo—. Espero que los encuentres.

Al recordar su tiempo con las Hermanas y cómo había terminado, y luego la muerte de Raíz, Árbol no pudo evitar preguntarse si siempre había

estado destinado a ser un solitario. La idea le hacía sentirse solo y triste, a pesar de que Guijarro Brillante estaba a su lado.

Guijarro Brillante le miraba fijamente. Cuando se encontró con su mirada, ella agachó la cabeza y se lamió el pelo del pecho, avergonzada.

—Sabes —comenzó después de un momento—, tienes razón en que será difícil. ¿Quizá te gustaría venir conmigo? —La cara de Árbol debió mostrar su confusión, porque ella continuó—: No parece que haya nada que te retenga aquí. Este no es tu territorio ni nada. Si me ayudaras a encontrar al Clan del Cielo, estoy segura de que Estrella de Hojas te dejaría unirte a nosotros.

Por un momento, Árbol se lo imaginó. Todo un grupo de gatos, como las Hermanas, pero con gatos y gatas juntos, trabajando y viviendo en grupo. Siempre habría algún gato con el que cazar, el suave pelaje de algún gato junto al que acurrucarse.

«*No*». Torrente había muerto. Las Hermanas lo habían expulsado. Raíz había muerto, salvando a Árbol.

Apegarse a otros gatos solo conducía al dolor. Era mejor no preocuparse por nadie.

—Vivir en un Clan suena bien —admitió—. Pero creo que solo soy un solitario.

Guijarro Brillante agitó la cola con desdén.

—No puedes haber estado solo toda tu vida —ella maulló—. Seguro vivías con tu madre y tus hermanos de camada cuando eras un cachorro.

Árbol hizo una pausa. Casi quería contarle sobre Luz de Luna y las otras Hermanas. Seguro que una madre tan decidida a que sus hijos fueran bienvenidos y queridos vería lo terrible que era echar a un cachorro solo porque era macho. Pero, de repente, no quiso volver sobre ese tema. No tenía sentido aferrarse a ese viejo resentimiento. Ya había crecido y podía cuidar de sí mismo.

Raíz había dicho que Árbol podía ser el gato que quisiera. ¿Por qué querría recordar a las Hermanas? ¿Por qué darles ese poder sobre él?

—Crecí casi solo —mintió—. Solo mi madre, mi hermana y yo. Pero cuando era muy joven, mi madre me abandonó. —Pensó en Helada y en lo enferma que había estado, y añadió—: Mi hermana estaba enferma, y mi madre pensó que un Dos Zarpas podría ayudarla, pero que las posibilidades eran mejores si eran solo ellas dos.

—¡Eso es horrible! —Guijarro Brillante maulló indignada—. ¿Te *abandonaron*?

Árbol esponjó su pelaje, reconfortado por su indignación.

—Supongo que tuve suerte de que no me comieran tejones o algo así, pero estuve bien.

—No parece un buen comienzo en la vida. —La mirada de Guijarro Brillante era comprensiva—. Debes de estar enojado con tu madre.

Árbol se encogió de hombros.

—Lo estaba —le dijo—. Pero ya no. Así es como salieron las cosas. Estoy acostumbrado a estar solo.

Aquello se sentía extrañamente cierto. Puede que nunca volviera a ver a Luz de Luna y a las Hermanas, y sintió que tal vez podría perdonarlas.

Guijarro Brillante posó su cola sobre su espalda. Hacía mucho tiempo que otro gato no lo tocaba, se dio cuenta Árbol. Se sintió reconfortado.

—No creo que estés solo para siempre —le maulló—. Eres un buen gato, Árbol.

Sonaba tan sincera que Árbol casi le creía. La idea de *no* estar solo para siempre le produjo un dolor extraño, como un espacio vacío en el pecho. Era tan difícil de imaginar.

Lamiéndose las almohadillas, Guijarro Brillante apartó de un empujón los restos del cadáver de la rata y se puso de pie.

—Empezaré a buscar al Clan del Cielo de nuevo por la mañana —ella anunció—. ¿Conoces algún lugar seguro para pasar la noche?

Empezaba a oscurecer y no había ningún buen árbol para trepar cerca del basurero de Dos Zarpas, así que Árbol la guió hasta un arbusto espinoso cercano bajo el que podían refugiarse. Se sentía tan familiar y reconfortante tener a otro gato a su lado, con los pelajes rozándose. Se oía un gruñido continuo proveniente de un Sendero Atronador no muy lejos, pero él escuchó la respiración constante de Guijarro Brillante mientras se quedaba dormido.

Cuando sus ojos se abrieron en la oscuridad más absoluta, se dio cuenta de que era mucho más tarde, mucho después de la medianoche. Guijarro Brillante seguía durmiendo. Árbol no sabía qué lo había despertado y parpadeó en la noche, confundido y somnoliento. Entonces una voz familiar habló, cerca de él.

—¡Arbol! Tienes que despertarte.

A Árbol se le cortó la respiración y, sin pensarlo, se levantó de un salto. Las espinas rasgaron su manto, pero apenas se dio cuenta. Conocía esa voz.

—*¿Raíz?*

Capítulo 10

Su padre brillaba muy levemente, como la luz de una estrella lejana, y no parecía del todo sólido. Pero su cara y su voz eran las mismas y parecía desesperadamente preocupado.

—Tienes que levantarte —maulló con urgencia—. Tú y esta gata preñada, tienen que huir.

Árbol no podía respirar. No podía *pensar*.

—¿Cómo… cómo te estoy viendo?

Raíz agitó su cola con impaciencia.

—No hay tiempo para eso. Los dos tienen que salir de aquí. Están en peligro.

Parpadeando, Árbol se obligó a actuar. No iba a dejar que otro gato resultara herido si podía evitarlo. Suavemente, despertó a Guijarro Brillante.

—Tenemos que irnos, no es seguro aquí.

Tambaleante, Guijarro Brillante parpadeó.

—¿Qué pasa?

—Tenemos que irnos —repitió Árbol con más urgencia.

No pudo responder a su pregunta, pero Guijarro Brillante se levantó de todos modos, con su gran vientre incomodándola, y lo siguió fuera del arbusto.

Había empezado a caer una lluvia ligera, que les empañaba los bigotes, y ambos encorvaron los hombros contra ella.

—¿A dónde deberíamos ir? —preguntó Guijarro Brillante, y Árbol comenzó a responder «Tal vez hacia el bosque», pero luego se detuvo, los aromas de la noche lo invadieron.

A través del olor de la lluvia y de la basura de Dos Zarpas había un olor rancio que reconoció. Lo había percibido por primera vez el día en

que murió su padre. «*¡Zorro!*». El corazón de Árbol latía con fuerza. De repente se le secó la boca. *No podía* luchar contra un zorro. La última vez que un zorro le había atacado, se había congelado y Raíz había muerto. No podía dejar que eso le pasara a Guijarro Brillante. Tenían que salir de aquí.

—Vamos —maulló, mirando a Guijarro Brillante.

Sus ojos verdes se abrieron de par en par por el miedo, su somnolencia desapareció; ahora también había olido al zorro. Si llegaban al bosque del otro lado del Sendero Atronador, podrían trepar a un árbol.

Miró hacia el Sendero Atronador a través de la lluvia, que ahora caía con más fuerza. Un monstruo solitario, con los ojos brillantes, pasó rugiendo. El duro material negro del que estaba hecho el Sendero Atronador estaba resbaladizo debido a la lluvia. ¿Podría Guijarro Brillante moverse lo bastante rápido?

El olor a zorro era cada vez más fuerte. Con la lluvia cayendo a su alrededor, no podía saber de qué dirección venía.

—Crucemos el Sendero Atronador —decidió.

«*Será más seguro que aquí*».

—Buena idea —maulló Guijarro Brillante, y se puso a la cabeza, con Árbol pisándole los talones.

Mientras caminaban, Árbol seguía olfateando el aire, con todos sus sentidos alerta como Raíz le había mostrado. «*Raíz.* Vi *a Raíz*». La emoción lo inundó como un río. «*Nunca pensé que pudiera hacerlo. Nunca pensé que volvería a verlo, ni a nadie que hubiera perdido.* ¿Cómo? *¿Regresó solo para salvarnos?*».

Árbol había pensado que estaba roto. Pero Raíz había vuelto. «*Quizá las Hermanas tenían razón. Tal vez ninguno de los muertos se pierde nunca*», pensó, y eso le reconfortó por primera vez desde el terrible día en que Torrente había muerto.

Un gruñido vino de su izquierda mientras se acercaban al Sendero Atronador. Antes de que pudiera hacer algo más que girar la cabeza, el zorro salió disparado de entre los helechos y se dirigió directamente hacia ellos. «*No* —pensó Árbol—. *Otra vez no*».

Mostrando los dientes, infló la cola y chilló, haciéndose lo más grande y feroz posible, y luego cargó contra el zorro.

—¡Vete! —le aulló a Guijarro Brillante.

El zorro aminoró la marcha, para luego volver a avanzar.

—¡No te dejaré luchar solo! —aulló Guijarro Brillante.

La oyó acercarse detrás de él mientras saltaba para golpear al zorro en los ojos, al igual que lo había hecho Raíz. El zorro retrocedió, y el golpe de

Árbol falló. El suelo ya estaba embarrado por la lluvia. La pata de Árbol resbaló y cayó con fuerza. ¿La tierra todavía lo odiaba? También se había caído cuando Raíz y él luchaban por sus vidas. Mirando al zorro que avanzaba, fue golpeado por una oleada de recuerdos. «*Así fue como ocurrió*». Se iba a congelar y el zorro los mataría a los dos.

«*¡No!*», pensó. Incorporándose, se lanzó contra el zorro. Atrapó su nariz con sus garras esta vez, dejando un largo rasguño, y el zorro aulló de dolor. Guijarro Brillante se acercó a él, más rápido de lo que parecía a pesar de su vientre abultado, y lanzó un tajo a la oreja del zorro.

Cuando Árbol volvió a golpear los ojos del zorro, con la garra cerca del borde del ojo, el zorro se hartó. Se sacudió a Guijarro Brillante mientras le pasaba las garras por el costado, retrocedió y luego se dio la vuelta y echó a correr.

Jadeantes, Árbol y Guijarro Brillante se miraron.

—Será mejor que crucemos el Sendero Atronador mientras podamos —maulló ella, y Árbol asintió.

Mientras se dirigían hacia allí, miró hacia atrás por encima del hombro. No había ningún destello de estrella pálida detrás de ellos, nada que pareciera ser un fantasma. Tal vez su padre había venido solo esa vez, para salvarlos. «*Gracias, Raíz*».

Al amanecer, la lluvia había cesado. Árbol bajó de un salto de la rama baja donde habían dormido, observando con preocupación cómo Guijarro Brillante saltaba tras él con torpeza, pero sin peligro.

El pasto estaba mojado y gotas de lluvia brillaban en sus tallos. A unas pocas colas de distancia, monstruos corrían por el Sendero Atronador, tan cerca que casi se tocaban entre sí. Uno gritó su áspero aullido, y ambos gatos se estremecieron.

—Anoche no te lo dije, pero gracias —le dijo Guijarro Brillante—. Si no me hubieras despertado, y luchado contra el zorro conmigo, me podrían haber matado.

Un calor avergonzado se extendió por Árbol ante su elogio.

—No pasa nada —respondió—. Me alegro de haber ayudado a salvarte.

Guijarro Brillante ronroneó.

—Salvaste a más de un gato —maulló.

Árbol se dio cuenta de que se refería a sus cachorros, y aún se sintió más cálido. «*Salvamos a una familia, Raíz*».

—Hablando de eso —Guijarro Brillante añadió—, será mejor que me vaya. Quiero encontrar a mi Clan antes de que nazcan los cachorros. ¿Seguro que no quieres venir conmigo? Creo que serías un maravilloso guerrero del Clan del Cielo.

—No creo que sea para mí. Pero agradezco que me lo pidas —le respondió Árbol.

Una parte de él anhelaba volver a vivir con otros gatos. Había sido bueno compartir una guarida con Guijarro Brillante y luchar a su lado. ¿Pero estaban todos los gatos destinados a vivir en grandes grupos como el Clan del Cielo o las Hermanas? La parte más feliz de su vida hasta el momento había sido solo con Raíz a su lado.

Guijarro Brillante miró a su alrededor, examinando el cielo y el Sendero Atronador como si decidiera qué camino tomar.

—¿Cómo los vas a encontrar? —le preguntó Árbol, sin poder contenerse—. ¿Segura que no prefieres quedarte aquí?

Guijarro Brillante agitó la cola.

—Sé que algún día encontraré al Clan del Cielo. Mis cachorros…

—Tienen un destino —dijo Árbol.

¿Quién sabía? Tal vez lo tenían. «*Eso es asunto del Clan del Cielo*».

Guijarro Brillante enroscó la cola con la de Árbol y se quedó un momento a su lado.

—Siempre serás bienvenido en el Clan del Cielo —le dijo.

Árbol la observó mientras se alejaba, con la cola erguida detrás de ella. Parecía decidida, como si fuera a emprender una aventura, como si supiera a dónde iba. «*Espero que encuentre a su Clan* —pensó—. *Pero supongo que nunca lo sabré*».

Árbol pasó el día viajando por el bosque. Atrapó algunos ratones y disfrutó un rato de la luz del sol, pero se sentía extrañamente inquieto. Como si estuviera esperando algo.

Cruzó por debajo de un haya, y una luz pálida arriba entre sus ramas le llamó la atención. ¿Podría ser? ¿Raíz estaba cerca?

Con un salto, Árbol empezó a trepar por el haya, con las patas resbalando por la corteza aún húmeda. A medio camino, encontró a Raíz sentado en una rama, con la cola colgando y un brillo travieso en los ojos.

—Eres real —maulló Árbol sin aliento, trepando a la rama junto a él.

—Claro que soy real —Raíz respondió—. Tengo que vigilarte, hijo.

—Sí. —Árbol apretó las garras contra la rama, sintiéndose tímido de repente—. Lo siento mucho —soltó al fin—. *Moriste* salvándome. Nunca quise que eso pasara.

Raíz movió la oreja con desdén.

—No te preocupes —maulló—. Yo tampoco diría que *quería* que pasara, pero definitivamente valió la pena. No quiero que te sientas culpable ni que te disculpes ni nada de eso.

—Pero… —empezó Árbol.

Raíz se sentó más erguido y miró directamente a los ojos de Árbol. Cuando habló, su voz había perdido su tono burlón.

—Estaba tan agradecido por ti —le dijo—. Creía que era un solitario feliz, que hacer lo que quisiera, donde quisiera y cuando quisiera, era lo que significaba tener una buena vida. Me equivocaba. Morir para salvarte fue lo mejor que hice.

—Pero solo pasamos un par de lunas juntos —argumentó Árbol, con la voz temblorosa—. Fue tan poco tiempo.

«*Perdimos tanto tiempo*».

Raíz se inclinó hacia delante y apretó la mejilla contra la de Árbol durante un instante. No sintió nada, salvo un ligero frescor, pero Árbol se sintió reconfortado.

—Podría enojarme por eso —le dijo su padre en voz baja—, pero me alegro de que hayamos llegado a conocernos. Me demostraste que era algo más que un solitario. Quiero que sepas lo orgulloso que estoy de ti.

Árbol bajó la cola.

—¿Orgulloso de qué? —preguntó—. Yo también soy un solitario. Salvé a Guijarro Brillante, pero fue gracias a ti.

—Fue gracias a *ti* —Raíz le corrigió—. Yo solo te desperté. Tú mismo la salvaste. —Miró a través del bosque, con la cola balanceándose. El cielo seguía nublado por la lluvia, pero se veían algunos rayos de sol—. Si hay un consejo paternal que puedo darte, es este: una amistad que *eliges* a veces es más fuerte que el parentesco. Puedes encontrar algún gato al que cuidar. —Volvió a mirar a Árbol, con ojos afectuosos—. No te pases la vida solo, Árbol. Aunque pierdas a un gato que amas, es mejor eso que no haberlo tenido nunca a tu lado.

—Puede que sí —maulló Árbol.

Pensó en Torrente y en sus hermanas. En el propio Raíz, y en Guijarro Brillante, aunque solo la había conocido un día. Perderlos a todos le había dolido, pero el dolor había merecido la pena.

Raíz empezaba a desvanecerse, sus bordes se veían borrosos y débiles.

—¡No me dejes! —aulló Árbol, alarmado.

¿Raíz había vuelto solo para marcharse de nuevo?

Pero el otro gato ronroneó, divertido.

—No te preocupes por eso —maulló—. Puede que no puedas verme todo el tiempo, pero volveremos a hablar. Deambularé contigo a partir de ahora.

Poco a poco, Raíz se fue desvaneciendo, su forma se hizo cada vez más pálida hasta que Árbol se quedó solo. Sin embargo, no se sentía solo: sabía que Raíz viajaría a su lado.

Al igual que Raíz momentos antes, Árbol contempló los árboles. El sol estaba bajo en el horizonte, brillando con un violeta pálido y claro a través de lo que quedaba de las nubes de tormenta. Algo en la belleza de la escena hizo que el corazón de Árbol se llenara de esperanza.

«Una amistad que eliges a veces es más fuerte que el parentesco», había dicho Raíz. Seguramente, en algún lugar había otro gato que podía tocar el corazón de Árbol. Algún gato que hiciera que cuidar valiera la pena el riesgo. Por primera vez desde la muerte de Raíz, el corazón de Árbol comenzó a llenarse de emoción. Había todo un futuro ahí fuera, hacia el horizonte, y él podía ir a donde quisiera. Y, algún día, tal vez alguien más caminaría a su lado.

Libro original: “Warriors: A Warrior’s Spirit: Tree’s Roots” *por* ***Erin Hunter***.

Arte del libro: ***Owen Richardson***.

Traducción: ***Clan Nocturno***.

¡Para más traducciones, libros, concursos y fanarts, únete a nuestro grupo de Facebook!

Los Gatos Guerreros 🐾 [Fans] 💕

https://www.facebook.com/groups/1384429135129351/